

15 días con

**JUAN MARÍA
DE LA MENNAIS**

COLECCIÓN REZAR 15 DÍAS

Rezar 15días con

**JUAN MARÍA
DE LA MENNAIS**

*Fundador de los Hermanos de la Instrucción
Cristiana de Ploërmel
Y de las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc*

Por Yvon Deniaud f.i.c.

Nouvelle Cité

Composición :
Tapa :

Ilustraciones de la tapa:
p.1, retrato de Juan María de la Mennais
p.4, retrato del autor. C Nouvelle Cité 2006-02-07
37, avenue de la Marne
92120 Montrouge

ISBN
ISSN

En homenaje a los Hermanos que han trabajado para dar a conocer la vida y la espiritualidad del Padre Juan María de la Mennais, especialmente a los Hermanos Philippe Friot y Miguel Angel Merino.

En agradecimiento a los que han colaborado en la preparación de este libro, especialmente al H^o. Yannick Houssay

SIGLAS

CG Corres pondencia General (7 tomos)
reunida por el Hº Philippe Friot y editada
por las Imprentas Universitarias de Rennes.

EM Estudios Menesianos (Revista)

M Memorial (Juan María de la Mennais)

OER Opúsculos sobre la Enseñanza Religiosa
(Juan María de la Mennais)

S Sermones de Juan María de la Mennais (2
tomos) reunidos por el Hº Philippe Friot y editados
por las Imprentas Universitarias de Rennes.

SHA Espiritualidad de un Hombre de Acción
(por Philippe Friot, f.i.c.)

SM Espiritualidad Menesiana (por Miguel
Ángel Merino y Josu F.Olabarrieta, f.i.c.)

JUAN MARÍA DE LA MENNAIS (1780-1860)

La vida de Juan María Robert de la Mennais habla tanto como sus escritos. Se inscribe en un contexto muy movido. Siendo niño es Luis XVI quien reina en Francia. Al final de su vida, lo es Napoleón III. Entre los dos ha habido la Revolución, el Imperio de Napoleón 1º, la Restauración de Luis XVIII y Carlos X, la Monarquía de Julio de Luis Felipe 1º, la Segunda República. Nacido en 1780 en Saint-Malo, de una familia de negociantes y armadores, tiene 9 años cuando comienza el período revolucionario. Su fe está ya bien anclada. Es en este período cuando descubre la llamada de Dios y se prepara para el sacerdocio con la ayuda de dos sacerdotes de Saint-Malo, los Padres Enguerran y Vielle, amigos de su familia. “En lo esencial, su cultura intelectual es la de un autodidacta” (EM 2, p.12). Se hace sacerdote a los 24 años, el 25 de febrero de 1804. Forma parte de un movimiento de sacerdotes dedicado al Corazón de Jesús, fundado por el Padre de Clorivière. Juan María está en relación estrecha con Féli, uno de sus hermanos, dos años más joven que él. Sus primeros años estarán

dedicados a las actividades parroquiales y a la enseñanza en su ciudad de Saint-Malo.

Frenado por la enfermedad, a principios de 1806 Pasa algunos meses en París, en el seminario de San Sulpicio. Allí anuda amistades duraderas, especialmente con Bruté de Rémur, que acababa de abandonar una carrera de medicina. Después de esta estancia parisina, los dos hermanos se encuentran en La Chesnaie, una propiedad retirada, cerca de Saint-Malo. Allí continuarán el restablecimiento de su salud. Preparan obras de reflexión sobre el estado De la Iglesia después de la Revolución y puntualizan líneas de acción para reconstruir su unidad y asegurar su implantación en la sociedad. Este es el objeto, especialmente, de un escrito del 13 de noviembre de 1807 intitulado “Torrente de ideas vagas”.

A partir de 1809, Juan María redacta un diario Personal, intitulado “Memorial”, donde “va consignando el eco de sus meditaciones, de sus resoluciones, de su oración misma” (EM 15, p.2). “Se pueden notar, en esas páginas, algunos de los temas sobresalientes de la espiritualidad de Juan María de la Mennais... La de y la confianza en Dios Providencia, El abandono en la voluntad de “Dios Sólo”, La conformidad con Su Voluntad (art. 2,7,13); La contemplación del misterio de la Cruz de Cristo, la unión con Jesús que sufre en el Huerto de los Olivos, (art. 3,4,17); la sumisión a la acción del Espíritu Santo, luz y fuerza. Guía de oración (art. 1,8,11). El Memorial indica, también, el apego de Juan María a la Palabra de Dios. “Le gusta particularmente meditar los libros de la Sabiduría y

los Profetas, sobre todo Jeremías”. En fin, en ese “carnet íntimo” se encuentran avisos Espirituales, dirigiéndose, particularmente, a la Srta. Jallobert de Montville. Allí trata, por ejemplo, De la misericordia del Padre, del misterio de la Cruz, de la humildad.

En 1814, el obispo de Saint-Brieuc, Mons. Caffarelli, le llama junto a sí, como secretario. Tiene 34 años. Sobrevenido el fallecimiento del obispo Poco tiempo después, pasa casi cinco años A la cabeza de la diócesis esperando0 el nuevo obispo. En ello despliega sus talentos de organizador y de administrador como también de pastor. Esta circunstancia habría podido prepararle para la tarea de obispo que rechazaré siempre, según su discernimiento, para un mejor servicio a la Iglesia. Y es en este tiempo cuando funda dos congregaciones religiosas para la enseñanza de los hijos del pueblo: los Hermanos de la Instrucción Cristiana (en unión con Gabriel Deshayes, párroco de Auray, en 1819) y las Hijas de la Providencia (1821).

A la edad de 42 años., en 1822, llega a ser el colaborador del Gran Capellán de Francia. Una especie de ministro de cultos. Lejos de la Bretaña que ha conocido siempre, permanece dos años en esas funciones. En 1824 se instala en Ploërmel donde su amigo, el Padre Deshayes ha comprado una propiedad para el noviciado. Llamado a St-Laurent-sur-Sèvre, como superior de las Congregaciones monfortianas, el P. Deshayes deja a Juan María asumir el gobierno y la dirección

espiritual de los Hermanos. Juan María lo desempeñará mediante el retiro anual, visitas frecuentes a las escuelas y una correspondencia regular mantenida con cada uno de ellos. A partir de estos años, Juan María estará cada vez más a menudo en Ploërmel. Sin embargo, continuará animando numerosos retiros parroquiales y escolares, en gran parte de la Bretaña. Hay que añadir a todo eso varios desplazamientos a París, para tratar asuntos con el ministerio de la Instrucción Pública y el de la Marina y Colonias.

En 1825, el obispo de Rennes, Mons. De Lesquen, le anima a fundar la Congregación de los Sacerdotes de Saint-Méen, destinada a la enseñanza en los seminarios y a la predicación. De acuerdo con su hermano Féli ensancha los objetivos de este Instituto que se convierte, en 1828, en la Congregación de San Pedro. Esta experiencia se hará pronto dolorosa Y constituirá la principal prueba de su vida. En 1834, a los 54 años, sufre el contragolpe De la condenación por el papa, de ciertas ideas Defendidas por su hermano: la Congregación de San Pedro se disuelve, su hermano se rebela y cesa toda relación con él. Juan María debe afrontar la calumnia por parte de algunos de sus colaboradores y teme, incluso, por sus otras fundaciones.

El final de su vida será, a la vez, doloroso y glorioso. Doloroso por los problemas de salud, sobre todo a partir de 1847, cuando un ataque de parálisis le obliga a disminuir sus actividades. Dolorosa, igualmente, por el fallecimiento de su

hermano, sobrevenido en 1854, sin que, aparentemente se haya restablecido la unión entre la Iglesia y él. Dolorosa, también, a causa de las numerosas trabas que le causan las autoridades locales y la administración de sus escuelas, en Bretaña y en las colonias. El alejamiento y la disminución de su capacidad le hacen a menudo impotente, a pesar de todos sus esfuerzos, para enderezar o mejorar tal o tal situación.

Paro el final de su vida será, también glorioso. Numerosos obispos o sacerdotes eminentes se pondrán en contacto con él y solicitarán sus consejos con iuntención de fundar congregaciones de Hermanos educadores. Juan María no se desviará De su misión en Bretaña, pero alentará Las iniciativas, prestando a veces algunos servicios, como el de abrir su noviciado a personas capaces de fundar otros institutos. También sabrá dar cada vez más participación A sus Hermanos en las responsabilidades, asegurando, así, Una transición sin choques en el gobierno del Instituto De los Hermanos de la Instrucción Cristiana. En 1860 éste cuenta con cerca de 900 Hermanos y novicios. Los Hermanos están repartidos en 300 establecimientos escolares. Los que ha enviado a la Martinica, a la Guadalupe, a la Guayana, al Senegal, a Tahití aseguran, como en Bretaña, una notable de evangelización por medio de la educación.

Juan María muere el 26 de diciembre de 1860, con el sentimiento, sin duda, de no haber hecho bastante. Pero también con la paz de aquél que ha vivido en Iglesia con una confianza extrema.

CON LA IGLESIA, HASTA EL EXTREMO DE LA CONFIANZA

¿Por qué rezar quince días con Juan María de la Mennais? ¿Qué podemos esperar de este personaje? ¿Hay algo que sea particularmente llamativo en su manera de vivir el evangelio?

¿Es tan particularmente sabio y capaz de proporcionarnos una sólida cultura religiosa? Juan María de la Mennais es un autodidacta que ha leído mucho. Todavía se puede ver su biblioteca en Ploërmel. Poseía sólidos conocimientos en filosofía y teología. Sus sermones, recientemente reagrupados en dos volúmenes, están bien contruidos, alimentados de Sagrada Escritura y de los escritos de los Padres de la Iglesia, ilustrados con hechos concretos a menudo sacados de la vida de los santos. Pagó con su persona y con sus bienes para crear la Congregación de San Pedro, congregación de sacerdotes destinada a la formación del clero, mediante estudios teológicos, filosóficos, escriturísticos y científicos. Pero siempre se mantuvo modesto en el mundo intelectual, y se designaba a sí mismo, con un poco de iría, como el “ignorantito bretón”.

¿Es un sacerdote conocido acaso por haber sido muy emprendedor, dinámico, misionero? En Bretaña, a la que cubrió de escuelas, por medio de sus Hermanos de la Instrucción Cristiana, y donde dio numerosas misiones parroquiales, era muy conocido, efectivamente. Igualmente en los ambientes gubernamentales: en el ministerio de Instrucción pública donde acudió muchas veces para solicitar subvenciones o negociar disposiciones legislativas; en el Ministerio de la Marina, después de haber aceptado la propuesta de enviar Hermanos a las colonias para preparar la emancipación de los esclavos. En Francia, y a veces fuera, muchos obispos y sacerdote se pusieron en contacto con él para pedirle ayuda para crear una congregación de enseñanza. Sería, pues, exagerado, el decir que el nombre de “La Mennais” no es conocido en Francia sino únicamente gracias a su hermano Féli. Sin embargo, el cuidado de las Congregaciones de las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc y sobre todo la de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel absorbió la mayor parte de su vida. No es precisamente su notoriedad lo que nos incita a rezar quince días con él.

¿No habrá sido reconocido, al menos, por su santidad, y será por ello capaz de compartir su entusiasmo por Jesucristo? Murió el 26 de diciembre de 1860 y aún no ha sido reconocido como santo, aunque es cierto que ya ha franqueado etapas importantes hacia este reconocimiento y su causa continúa siendo instruida. ¿Por qué este largo tiempo de espera, cuando todo va tan bien para ciertos héroes de la fe y de la caridad? ¿Será

un sacerdote demasiado obscuro? La reputación de su hermano, ¿no habrá empañado su imagen? Parecería algo injusto, por el hecho de que siempre ha mostrado la mayor fidelidad a la Iglesia y al Papa. Es verdad que estuvo en todos los combates y que pudo herir, a su pesar, tal o cual sensibilidad. Pero mantuvo siempre una claridad meridiana, en cuanto a su obediencia a la Iglesia, hasta sufrir por ello, particularmente en su amor fraterno hacia Féli. Y si se defendió de ciertas calumnias, Fue igualmente por el bien de la Iglesia, defendiendo a las congregaciones que había fundado. La Iglesia, por boca de Pablo VI, ha reconocido Esta fidelidad en el decreto de heroicidad de las virtudes, el 15 de diciembre de 1966. Juan María vivió ciertamente como un santo, pero el reconocimiento de su santidad ya no es cosa suya.

Henos, pues, en compañía de un cristiano Muy accesible: ni demasiado sabio, ni demasiado conocido, ni demasiado reconocido. El mismo escribía a la Srta. Hélène de Lucinière, el 8 de enero de 1838: *“Las obras de Dios no crecen sino a la sombra y es por la noche cuando cae el rocío del cielo”*. Fácilmente podremos entrar en la intimidad de este sacerdote que ha cultivado mucho la amistad y que ha acompañado a numerosos jóvenes, laicos, religiosos, sacerdotes, en su camino espiritual. Orar es siempre inserirse en la oración de Cristo. “Enséñanos a orar”, le piden los discípulos a Jesús (Lc 11, 1). Y Jesús les orienta hacia el Padre: es por él, con él, en él como deben orar al Padre, en la unidad del Espíritu. Si podemos proponernos rezar quince días con Juan

María de la Mennais, es porque éste ha hecho suya la oración de todo discípulo.

Juan María estaba convencido de la importancia De la oración. Como San Pablo, en la carta a los Tesalonicenses 5, 17, recomendó la oración continua. Una recomendación que se dirige a todos Los cristianos, no importa cuál sea su estado de vida. La oración nos sumerge en Dios que habita en nuestro Corazón, en el seno de las relaciones trinitarias. *“El misterio De la Santísima Trinidad es el fundamento sobre el cual Descansa todo el Cristianismo”* (S 2, 118).

La fe de Juan María, como su acción, es trinitaria. Atrae nuestra atención sobre la necesidad de Someterse a la generosidad del Padre. La voluntad Del Padre es siempre una volunta de amor y de Perdón: es a ella a la que Juan María ha elegido obedecer. Y se ha manifestado en la actitud de servicio del Hijo que le valdrá su glorificación. Juan María quedó conmovido por la obediencia del Hijo Que le condujo a su anonadamiento (Phi 2, 6-11). Es la expresión de la conducta del Padre mismo (cf. Lc 15, 28) y Juan María trató de imitarlo, como Jesús, en comunión con su Espíritu. El Espíritu opera por medio de los sacramentos Y particularmente por el sacramento de la reconciliación. Este sacramento era muy importante para Juan María. Lo tomaba como criterio del éxito de un retiro, dado que ofrecía la posibilidad de una verdadera conversión.

En esta frecuentación íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se muestra el hijo de María, enteramente transparente al misterio de la

Trinidad. Nunca dejó de recomendar su patronazgo y fue siempre muy fiel a la oración del rosario.

...Esta vida trinitaria y este apego a María le hicieron crecer, a lo largo de su vida, en una comunión con Dios y en la búsqueda de su reino. Expresó el vigor de su fe al rechazar Los errores del laicismo, en pleno desarrollo, entonces, en Francia, y para mostrar que el hombre cabal no puede vivir sin Dios. A menudo, expuesto a las contrariedades y frente a poderes cada vez más exigente y minuciosos, como la Universidad, mantuvo siempre una paciencia y una esperanza nunca vencidas. Muy sensible a la amistad, construyó siempre sus relaciones sobre la comunión trinitaria, sin juzgar a las personas de una manera humana. Se preocupó de la comunión eclesial al precio de renunciadas a veces dolorosas.

“Dios Sólo” es su divisa. Se la entregará a las congregaciones que fundará. Y no es un ideal exterior, sino más bien el eje central de su vida que informa todas sus decisiones y sus acciones. Entregado enteramente a Dios, espera también todo de su Providencia y se hace plenamente disponible a su acción en el mundo.

Por su gran compasión hacia la humanidad, Se verá empujado a utilizar los recursos de su temperamento emprendedor para participar en la misión de la Iglesia. La ve grandiosa y pretende para ella, sin más, una “mundialización” del cristianismo. Y se preocupará de evangelizar, sobre todo, mediante la educación, pues, para él, la educación que ofrece a la Iglesia, es una formación de todo el hombre, “el espíritu, el alma, y el cuerpo” (cf. 1 Tes 5, 23).

Como todo hombre que entrega su vida a Dios y se deja configurar por Cristo, Juan María será purificado por el fuego. Pero, habiendo sembrado en las lágrimas, cosechará en la alegría. Tomó su parte en el sufrimiento (cf. 2 Tm 2, 3) y vivió su Getsemaní, hasta el extremo de la confianza. Se apasionó por la Iglesia, soportando por ella toda suerte de dolores, mostrándole siempre una solidaridad indefectible. Y le reconocía, como su misión la de mostrar a los hombres la Figura de Cristo.

UNA ORACIÓN EN EL CORAZÓN DE LA VIDA

Recemos sin cesar. Pero, ¿es posible? ¿Qué hombre es capaz de una oración continua? ¿No hay, acaso, mil distracciones, mil motivos, incluso mil deberes que nos distraen, a pesar nuestro? En realidad, usted no ha comprendido lo que es la oración, esa oración inarticulada y totalmente interior, retirada, por así decir, en el fondo del alma. Nada puede turbar esta oración, nada la distrae, ni el ruido, ni las ocupaciones, ni los negocios, ni el sueño. En la oración no se ve más que el movimiento de los labios y uno está tentado a pensar que no se ha rezado si no oído nada. ¿Me preguntan cómo se puede orar siempre? Pregunten, más bien, cómo se puede amar siempre, pues la oración no es otra cosa que el amor, y el amor es la más hermosa y la más perfecta de las oraciones. (S, a unos fieles 2, 176)

Juan María de la Mennais es un hombre De acción. Cuando evoca el “ruido”, los “negocios”, Saben bien de qué está hablando. Y, ¿dónde encuentra el tiempo para rezar? Tiene tanto que hacer: sus viajes a través de la Bretaña o a París, los retiros que debe dar en varias parroquias, la correspondencia con los obispos, los superiores de congregaciones, el acompañamiento de los Hermanos y de las Religiosas, la organización de las escuelas, las preocupaciones económicas, los engorros administrativos, la preocupación por los Hermanos enviados a las colonias, etc.

¿Dónde encuentra el tiempo para orar? Cuando uno hace esa pregunta, uno piensa en el tiempo que pasa, en la hora de la entrevista a la que vamos a faltar Juan María, en cambio, no habla de ese tiempo. Más bien retoma la recomendación de Pablo: “Orad en todo tiempo”, (cf. 1 Tes. 5, 17). Pero, ¿de qué tiempo se trata? Y, ¿cómo mantener una oración “*del todo interior*” cuando todo tiende a distraernos?

“El alma ocupada sin cesar por objetos exteriores, entregada a todos los caprichos de una curiosidad sin límites y de una vanidad sin medida, vive, en cierta manera, fuera de sí misma” (S 1, 680). Sin hablar de esos obstáculos más o menos legítimos, Juan María evoca los “*mil deberes* que nos alejan de nuestra interioridad”. Sin embargo, si debemos evitar las “distracciones” o los “*motivos*”, debemos estar atentos en las ocupaciones cotidianas, en los servicios que se pueden prestar, en el ejercicio de la propia profesión...

La oración continua de la que se trata aquí no puede, pues, situarse en el mismo plano, pues ella

entraría en interferencia con la atención a la vida ordinaria. No hay tensión entre interioridad y exterioridad. Los dos dominios coexisten. La oración “*inarticulada*” y “*enteramente interior*” tiene como dominio “*el fondo del alma*”. Escapa al del lenguaje articulado, puede servirle de atmósfera, de fuente, de medio de inspiración. Es inaccesible al ruido, a las ocupaciones, a los negocios, e incluso al sueño mismo. La oración no se para ni siquiera durante el sueño: es de otro orden que el de la simple conciencia. No está en la misma línea que las otras ocupaciones cotidianas. No es accesible a la experiencia ordinaria. No se la puede describir, ni por el movimiento de los labios, ni por una seguidilla de sonidos. La oración se hace en lo sec reto, allí donde sólo Dios tiene acceso (cf. Mt 6,6).

De ahí la importancia del silencio. Juan María lo recomendando, incluso a los niños. Toma como modelo a San Bernardo que hacía notar que los santos “*han sido todos grandes observantes del silencio*” (8S 1, 485). Si viene favorecido por la ausencia de conversación, el silencio del que aquí se trata no se reduce. No se opone a la conversación, ya que no se sitúa en el mismo plano. Más que a la palabra ese silencio se opone sobre todo a la disipación. Incluso puede coexistir con conversación o el discurso, como con cualquier otra actividad. Es el silencio lo que les dará toda su profundidad. Para oír, para saborear, para sentir, uno tiene que entrar en sí mismo. Quienes no practican el silencio “*viven, por así decir, fuera de sí mismos*” El silencio del que aquí se trata crea las condiciones de la escucha de “*esta*

palabra interior que enseña desde dentro, y que, siguiendo la expresión del profeta, se derrama en el fondo de nuestro corazón como el rocío”.

“ Más que del silencio, es de esa “palabra interior” de lo que huyen los hombres. Logra a veces expresarse en “el malestar interior del que a veces están atormentados, en medio de sus alegrías mundanas, en esas impresiones, involuntarias pero tan vivas, en esas inquietudes secretas que a menudo los turban profundamente...” Cuando predica una misión en una parroquia, Juan María evoca Esta experiencia personal para mostrar la acción concreta de Dios en cada uno de sus auditores y para estimularlo a abrir su corazón: *“Ahora bien, ¿que es todo eso sino la acción de Dios para convertirlos y salvarlos? He ahí por qué yo digo a todos: Hermanos míos, si escucháis hoy la voz de Dios, no endurezcáis vuestros corazones”* (S 2, 280).

La voz de Dios puede expresarse mediante un sentimiento, una impresión, una inquietud... Hay una afectividad espiritual que construye el lugar de la oración. Juan María mismo se asombra de esta voz interior: *“¡Qué maravillosos son, en un ser tan frágil y cuya duración es tan corta, esos pensamientos del infinito y de la eternidad, que son como el fondo y la esencia de nuestro ser!... ¡Pobre alma! ¿Quién saciará tus deseos? Dios, Dios sólo, pues él te ha creado para él!”* (S 1, 194).

Finalmente, Juan María identifica la oración con el amor. Más allá de las fórmulas, de los ritos, la verdadera oración acompaña cada acción interna, como una intención amorosa que no puede

ser descripta más que a través de los signos. La condición de cristiano no se concibe fuera de Un contacto permanente con Cristo, de una unión muy profunda con él, la primera de una multitud de hermanos. El cristiano es un miembro de Cristo En la Iglesia. Y es en ese contacto Interior permanente donde toma Conciencia de su solidaridad fundamental con la humanidad y el cosmos recapitulados en Cristo.

Si la oración profunda está más allá de las fórmulas y los ritos, sin embargo necesitamos de éstos para expresarla, mantenerla y desarrollarla. Los tiempos fuertes y regulares crean las condiciones De una especie de atmósfera espiritual en la que quedarán sumergidos los otros tiempos. *“Hay que ser completamente cristianos en todos nuestros pensamientos, en todas nuestras acciones, en todos nuestros deseos, cristianos a fondo, cristianos hasta la raíz, y es una ilusión creer que pueda uno serlo si descuida todos estos santos ejercicios que son ellos, los solos que pueden alimentar en nosotros esa fe viva, esa fe animada, sin la que no hay salvación”* (S 1, 382).

Por “ejercicios” entendemos aquí, principalmente, la meditación de la palabra y la recepción de los sacramentos, especialmente la Reconciliación y la Eucaristía. *“Para conocer bien a Jesucristo, hay que sondear las Escrituras. Es él mismo quien nos ha dado este consejo. Sobre todo, hay que leer y volver a leer, con un alma plenamente ardiente de fe y de amor, el divino Evangelio del discípulo amado. Cada palabra debe ser meditada, gustada, saboreada con delicia”* (CG 1, 58).

“Abramos, pues, los oídos del corazón, a fin de que esta palabra de verdad penetre en nosotros y nuestra alma se alimente de ella”. Los oídos del corazón no están abiertos a discursos: “No es un discurso, no hay palabras...” dice el Salmo“. A lo sumo hay un murmullo de brisa ligera, símbolo del paso de Dios. un Dios tan poderoso como dulce. Y es ese Dios quien hará hablar a los discursos necesarios, a las lecturas, especialmente de la Escritura, incansablemente comentada en la Iglesia: “Querría, pues, que cada uno de vosotros tuviera un Nuevo Testamento y que cada mañana leyera, si no un capítulo entero, al menos algunos versículos... La palabra de Dios tiene, por sí misma, una fuerza sobrenatural y sus efectos son maravillosos” (S 1, 603).

La Palabra es ante todo, Palabra de Jesucristo. La meditación es un contacto con Jesucristo, y encuentra su zénit en el contacto con el Cuerpo mismo de Cristo, en la comunión. La palabra de Dios, por el hecho mismo de ser recibida, Es eficaz por sí misma: es un dinamismo, un remedio. Actúa, transforma.. Es como un rocío, es un fuego, es como lejía. Hay que dejarla obrar en el fondo de uno mismo.

La oración sólo tiene sentido como relación viviente y permanente de amor, participación del amor del Hijo para con su padre en el Espíritu. Una oración que tiene una dimensión a la vez individual y universal: la de una célula de Iglesia, la de una piedra viva de esta Iglesia.

Para comulgar con la oración de Juan María.

Padre, en esta vida trepidante, guarda sereno y silencioso mi corazón. Dame tu Espíritu Santo para que el amor penetre en cada una de nuestras acciones. Une esta mi respiración de amor a la de tu Hijo. Aliméntala con tu Palabra y con tu Cuerpo. Haz que llegue, así, a todos los hombres.

segundo día

EN LAS MANOS DEL PADRE

En el bautismo, en cierto modo el Padre nos crea de nuevo y nacemos de él por segunda vez. Nos hace partícipes de su naturaleza, ya no somos sus enemigos. Somos de su raza, según la enérgica expresión de San Pablo (cf. Ga 3, 26). Desde ese momento nos ama con el mismo amor con el que ama a su Hijo único, al que he engendrado antes de todos los siglos; sus bienes son nuestros; su heredad es nuestra, su dicha, su reino, su gloria, serán nuestra herencia y nuestra recompensa eterna, si nos esforzamos de ser santos como Él mismo es santo.

Pero si el bautismo opera en nosotros cosas tan maravillosas, si el Padre nos adopta en Jesucristo como hijos suyos, no lo es acaso, para que nosotros lo adoremos en espíritu y en verdad?

Si Él es nuestro Padre, ¿no lo es, acaso, sino para que le obedezcamos en todo, y para que todas nuestras acciones sean para su gloria? (S 2, 225).

Jesús ha vivido durante toda su vida en presencia del Padre, Cumpliendo siempre su voluntad. Ahora desea continuar cumpliéndola en nosotros y a través de nosotros, como quiere orar en todo momento. Juan María no tuvo otra preocupación, a lo largo de su vida, que hacer la voluntad del Padre, según su vocación particular. “*Dejar a Dios por Dios*” es una de sus expresiones que refleja bien su voluntad permanente de entrar en las intenciones del Padre.

¿Y qué es la voluntad de Dios? ¿Cómo nos la revela a nosotros? Ella participa del misterio de Dios. No se la llega a conocer sino por el Espíritu que Jesús nos comunica. Es Él quien nos permite ir más allá de los acontecimientos de nuestra vida y leer los signos que encierran. Seguir la voluntad de Dios es entrar en el designio de Dios sobre la humanidad; es penetrar en el misterio de nuestro ser abierto al absoluto del amor del Padre manifestado en el Hijo y recordado por el Espíritu que grita en nosotros “Abba, Padre”. Todo lo que podemos hacer, prácticamente es poca cosa, pero llevado por ese inmenso designio, toma una dimensión infinita.

El abandono a la voluntad de Dios nos libera de todos los proyectos individuales, hace al hombre disponible. Juan María describe en su *Memorial* lo que es, para él, la disponibilidad. Y pone un ejemplo. Estamos muy atentos, muy concentrados en Una ocupación que pude ser una “buena obra” y he aquí que alguien viene a molestartos con preguntas, una larga conversación que no tiene nada de interesante. ¿Cuál es, entonces, su reacción? “*Usted experimenta,*

entonces, una viva emoción: sus palabras se inflaman, por así decir, o al menos, responde secamente a aquel que le importuna?” Este hecho invita a la reflexión: “¿De donde viene el hecho de que a usted le falte la mansedumbre? Eso nos lleva a la causa de esta reacción : “Usted no sabe dejar a Dios por Dios”: “usted no escucha su voz”. ¿Qué nos dice esta voz? – Que hay que ir al ritmo de Dios; que no hay que dejarse absorber demasiado por nuestra propia acción, olvidando la obra de Dios. (cf. M 121-122). He ahí, pues, a propósito de un hecho muy simple, un buen método de revisión de vida que nos permite quedarnos en contacto con la voluntad de Dios.

Aquel que se abandona a la voluntad del Padre Participa en el abandono de Jesús que encuentra Su alimento en hacer la voluntad de su Padre. Ésta Puede tomar la forma de una “bebida amarga”: la Voluntad de Dios no es aceptada en el mundo, No tiene derecho de ciudadanía. Sin embargo, Abandonarse a ella, es asegurarse la paz y el amor Que curan de todos los males y dan la fuerza de Afrontarlos.

Juan María escribe a una dirigida: “¡Cuán penosa es su posición! En cierto modo no puede moverse sin ser desgarrada por espinas. Pruebe, saboree toda la dulzura de esa bebida amarga que los hombres le ofrecen y acuérdesese de las lecciones y de los ejemplos que su divino Salvador le ha dado”. (CG 1, 157).

Esa “bebida amarga” es al amor que choca con el rechazo, el amor que no acierta a expresarse, que permanece como extranjero en un mundo que le rechaza – ese mismo mundo del que cada uno de

nosotros es, a menudo, el primer cómplice-. Su amargura, sin embargo, se transforma en dulzura, si se vive ese sufrimiento en comunión con el Salvador, manso y dulce de corazón. Dios, manifestado en Cristo, no renuncia nunca a esperar en el hombre. El amor de Dios es desde siempre y para siempre. Es un dinamismo, el mismo que el de la resurrección.

Y entonces se comprenden mejor los consejos que Juan María puede dar a sus Hermanos. He aquí lo que escribía al H^o. Ambrosio: *“Me das mucha pena cuando te la das a vos mismo; te querría ver más resignado a la santa voluntad de Dios, y más deseoso de hacerse semejante a Jesucristo crucificado; no tendrás la paz del alma y no saborearás la alegría en tu corazón mientras no estés en esas santas disposiciones de abandono en Dios y de renunciamiento a ti mismo”* (CG 4, 25).

Estas pocas líneas nos dan la medida de la sabiduría espiritual de este “padre” que sabía iluminar tan bien el corazón de sus “hijos”. Pues, para Juan María, la búsqueda de la voluntad de Dios y la búsqueda gozosa del amado que quiere la alegría de aquella persona a la que ama. Sólo comprende uno bien lo que quiere decir si ama verdaderamente a Dios.

Juan María tiene 36 años. Reemplaza al obispo de Saint-Brieuc durante algunos años. Se dirige así a uno de sus amigos: *“También tú, pues, te dejas llevar por la melancolía! Y para qué sirve eso?... Los que habitan en el cielo y leen en la santa voluntad de Dios, deben tener gran compasión de nosotros que no leemos más que en los periódicos, a menudo mentirosos y , sin*

embargo, no dejamos de prever los acontecimientos y juzgar a la Providencia". (CG 1, 377)

Juan María consuela así a su amigo Querret, haciéndole tomar distancia respecto a sus preocupaciones. Se trata de una distancia, en cierto modo, "divina". Pues, mientras los periódicos tratan de "presentar" la actualidad, no se puede juzgar sobre el alcance de los acontecimientos que nos relatan sino poniéndolos en relación con la mirada de Dios y de "*los habitan en el cielo*". El punto de vista de los diarios es demasiado estrecho, en relación con la mirada de la fe, para poder tener de los acontecimientos una visión según Dios, para poder apreciarlos en su justa medida.

Por eso, el punto de vista que hay que adoptar sobre los acontecimientos de nuestra propia vida, individual y colectiva, es el punto de vista del Reino de Dios. Es ese punto de vista el que debe dirigir, también, nuestra acción: "¿Es sólo por Dios y únicamente por Dios por lo que estudiamos, por lo que trabajamos? Y, en nuestros proyectos para el porvenir, tenemos, acaso, sólo, como punto de vista la extensión de su reino? ¿Estamos dispuestos a sacrificarnos por la Iglesia, como Jesucristo se sacrificó por ella? (S 2, 31). La voluntad del Padre es la de comunicar su vida a todos los hombres. El hace de su Iglesia el sacramento de su presencia, a continuación de la humanidad de Cristo. Cada célula de la Iglesia (cada cristiano) tiene un papel que jugar en la comunicación de la vida de Dios a los hombres.

Sin embargo, todos sabemos que el Amor no es amado. Por ello el cumplimiento de la voluntad de Dios Toma el aspecto de un sacrificio doloroso. Aunque siempre gozoso, en Cristo, ya que está Asumido por el amor. Juan María nos ha dejado esta Hermosa oración de confianza y de desprendimiento de sí mismo:

¡Oh Dios mío! Mira el estado de mi alma y líbrala Heme aquí en un abismo sin fondo, mira la tempestad que me engulle en lo profundo de sus aguas; escúchame, Señor, ya que tu volunta es compasiva. Echa sobre mí una mirada benévola ya que eres misericordioso. ¡Oh Salvador mío! ¡Quién me diera entrar en esta noche de la fe, donde desaparecen los vanos fantasmas del amor propio y de la imaginación, que derrame en mis labios algunas gotas de esas aguas puras y vivificantes que manan de la fuente del amor! ¡Oh dulce fuente, fuente de alegría, de delicias y de paz! Te veo de lejos, como a través de una nube, y mi alma, a pesar de su miseria, se consume de deseos y aspira ardientemente a sumergirse y a perderse para siempre en tus profundos arrobos. Amén".
(CG 1, 141).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
Hazme buscar tu voluntad en todo. Dame tu espíritu que me hará disponible. Si encuentro que tu voluntad es costosa, Ayúdame a comulgar en la

obediencia de tu Hijo: Que Él siga diciendo en mí:
“Que se cumpla tu voluntad”. Y que así, tu Reino
venga a través de mí.

EN LA GLORIA DEL HIJO SIERVO

Si en lugar de revelar el nacimiento de Jesús a los pastores, el ángel hubiera ido a Jerusalén y lo hubiera anunciado a los poderosos, a los ricos, a los doctores de Israel, creen que estos últimos habrían sido tan dóciles? Me parece escucharlos: ¿Cómo? ¿Interrumpir el descanso? ¿Ni siquiera esperar que se de día para ir a Belén? ¡Qué imprudencia! No sería nada razonable! Mañana podremos enviar una delegación Para saber qué ha sucedido: todo esto no podría ser más que la ilusión de un sueño; en la duda, no nos apresuremos. – Ir, ¿dónde? ¿A un establo? ¿Para qué? Para adorar a un niño. – Pero, dónde están las pruebas?, ¿dónde están las razones? ¿Es justamente eso lo que han dicho los profetas?

Dormid vuestro sueño, poderosos del mundo, sabios Presuntuosos; Jesús mi Salvador no viene para ser el objeto de una vana curiosidad y par5a alimentar el orgullo de vuestras interminables

disputas: vuestro amor propio, ciego y desenfrenado, vuestro corazón roído por la avaricia y atormentado por la ambición no llegarían a comprender y todavía menos, saborear la pobreza, la mansedumbre y la humildad de Jesucristo el Salvador. Éste no llama junto a sí más que a hombres verdaderamente humildes, no quiere ver alrededor de su cuna mía que a almas que desconfían de sí mismas, sencillas, dóciles, siempre dispuestas a creer en su palabra, almas bienaventuradas que no viven más que obediencia y que se alimentan de su amor (S 1, 399).

Las objeciones de los “poderosos de este mundo Revelan varios obstáculos para recibir a Jesús: La pereza (interrumpir su descanso); la necesidad de seguridad (esperar que sea de día); el conformismo (eso no sería razonable); la desconfianza (enviar a alguien para saber de qué se trata); el esperar por esperar (no nos apresuremos); el apego a las certezas (¿dónde están las pruebas?); el tradicionalismo (lo que han dicho los profetas). Todas estas actitudes se encuentran en todas las épocas.

El Hijo de Dios, al venir al mundo, revela esas actitudes y les opone su pobreza, su mansedumbre, su humildad. “*Sólo un Dios podía hablar así y atreverse a vencer al mundo empleando sólo medios que debían ser un escándalo para el mundo mismo. Sólo un Dios podía afrontar la opresión extrema como el principio de su gloria, y decir, a punto de expirar: es ahora cuando comienza mi reinado. Sin embargo, esta asombrosa palabra se cumplió: la cruz ha abatido el orgullo de los*

hombres, ha derribado su falsa sabiduría” (S 1, 446). Lo que, para Juan María, caracteriza al Salvador, es la humildad. Se ha quedado con el pasaje de la Carta a los Filipenses (2, 6 – 11): “Cristo Jesús...se anonadó”.

Eso marca toda la vida de Cristo que desaparece ante el Padre y hace siempre su voluntad. La humildad de Cristo es la humildad del Padre (cf. Jn 5, 19). La gloria de Dios, cuando toma un aspecto humano, cuando se encarna, toma los rasgos del servicio, del rebajamiento, del amor humilde.

Como lo muestra el Evangelio de Juan, es esta humildad del Hijo lo que le permite ser la Verdad, es decir la perfecta Revelación del Padre. Juan María lo comprendió bien y es ésta la razón por la que da tanto valor a la humildad. La humildad “conforme” a Cristo. *“La humildad, el anonadamiento, la renuncia a sí mismo de la identificación con Cristo”* (SM p. 57).

La humildad del cristiano, como todas las virtudes, sólo tiene sentido unida a la humildad de Cristo. Es su prolongación. No es un desprecio de sí mismo, estigmatizado con razón por los psicólogos de hoy día. Es participación en la humildad de Dios, en la humildad del Padre, perfectamente encarnada en la humildad del Hijo, ella misma inspirada por la humildad del espíritu. *“Sin la humildad no se puede tener ningún rasgo de semejanza con Jesucristo, cuyo nacimiento, vida y muerte han sido, por así decir, más que un gran acto de humildad”*. (S 2, 649)

La humildad no puede ser separada de ese medio divino. No se inspira en no sé qué moral

abstracta. Para Juan María, no es el reconocimiento de su nada, ni la discreción en relación con sus cualidades o a sí misma.. “*¿En qué consiste, pues? ¿Qué idea podemos formarnos? No depende de una u otra acción, sino de la pura caridad que nos despoja enteramente de nosotros mismos y nos reviste de Jesucristo*”. (S 2, 650)

La humildad no es la conclusión de un razonamiento filosófico. No es sólo una virtud humana, fruto de una sabiduría adquirida al contacto de la vida. La humildad es la participación en la filiación divina. En la humildad, permanecemos en el Hijo como el Hijo vive en nosotros (cf. Jn 15, 10). Toda la vida de Juan María prolonga a su modo, el datimiento del Hijo. Uno de sus Biógrafos, Mons. Laveille, hace un resumen sorprendente, desde ese punto de vista: “Este hombre, Distinguido por su nacimiento, nacido en la riqueza, Habitado a tratar con los espíritus más cultivados de su tiempo, llevado, desde el principio de su carrera, a los cargos eclesiásticos más prestigiosos, se confinó en el centro de la Bretaña, en un pueblo retirado y, en esa época, casi inaccesible. Allí, se rodeó de jóvenes campesinos incultos y, al precio de mil sacrificios, trató de instruirlos, no para elevarlos a su nivel y encontrar en ellos, después de algunos años de esfuerzo, a hombres capaces de pensar y de sentir como él sino para darles la cultura rudimentaria de maestros de pueblo. Para poder ejercer, hasta la extrema vejez, ese papel modesto de catequista y de pedagogo... renunció a las satisfacciones intelectuales más elevadas y, en cierto modo se rebajó hasta hacerse y seguir hasta

el final, al menos para las necesidades cotidianas, el “bretón ignorante” (cf. SHA p.85)

La humildad tiene una dimensión misionera, Porque es imitación de Cristo. Lo que a Cristo le valió su triunfo ya realizado y que tiende a manifestarse cada vez más, es su humildad. Si sus Hermanos le dicen: “*¿Nos está, pues, prohibido hablar de nuestros talentos, del éxito de nuestros alumnos, del bien que hacemos en nuestras clases?*”, Juan María responde: “*Si no tienen humildad, ustedes son simples maestros de escuela*”. E intervino en circunstancias concretas, por ejemplo con ocasión del envío de Hermanos a la Guadalupe. Rechazó toda publicidad con ocasión de esta salida: “*El Padre Blanc querría que se hablara en los diarios de la ida de mis Hermanos para la Guadalupe; yo, en cambio no lo quiero*” (SM p. 39). ¿Por qué esta oposición obstinada para darse a conocer, incluso con una preocupación apostólica?

La irradiación apostólica no se preocupa de la publicidad artificial que se puede hacer en relación con tal o tal establecimiento, con tal o tal congregación. “*Todo el éxito de nuestros trabajos depende, pues, de los progresos que hayamos hecho en la humildad; y no dudo en decir que vale para nosotros y para la Iglesia que seamos humildes, con un espíritu e ideas limitadas, en lugar de poseer una saber enorme y talentos superiores que nos inspirarían sentimientos presuntuosos*” (S 2, 650).

El advenimiento del Reino no está tampoco en función de los talentos, sino de la transparencia para con Dios, fruto de la humildad Hay que

desapar5ecer, como Cristo, y hacer manifiesta la presencia del Padre. Esa es la verdadera ciencia de los santos. Algunos santos han tenido muchas cualidades naturales. No han sido esas cualidades lo que ha llevado Las han llevado a la Iglesia a declararlos santos. Es más bien el hecho de que han sabido poner esas cualidades naturales al servicio de Dios, hasta que esas cualidades mismas terminan por fundirse en la obra divina. Por esta razón, algunos cristianos, aparentemente poco dotados naturalmente, han podido ser4 declarados santos por la Iglesia. Juan María nunca perdía la ocasión para valorar a ciertos Hermanos dedicados a tareas domésticas, con tal que viera en ellos esta participación en la humildad De Cristo.

El mejor servicio que se pueda prestar al Reino de Dios es pues, el crear las condiciones Para que se dé la presencia de Cristo en uno mismo y en la Iglesia. Para ello hay que despojarse, no de los propios talentos naturales ni de sus propias obras, sino de toda confianza en sus talentos o en sus obras.

En cierta manera deben estar atravesados por la presencia de Cristo para tocar los corazones. De esta forma, en el “último día”, el de la revelación de los hijos de Dios, *“el del gran triunfo de la cruz, sólo se regocijarán los hombres crucificados, los hombres mansos y humildes de corazón... Todas vuestras obras serán juzgadas en base a las mismas de un Dios que, al ser nuestro Salvador se ha hecho nuestro modelo”* (S 1, 446).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
Gracias por la humildad de Jesús.
Por medio de ella, El ha podido manifestarse como
la perfecta Imagen. Hazme humilde por él y en él.
Dame la fuerza de tu espíritu para aceptar estar
entre los últimos.
Así podré llegar a estar entre los humildes que son
tu Iglesia.

EL ESPÍRITU DE LA RECONCILIACIÓN

El Espíritu del Señor me ha enviado para anunciar A los ciegos la luz, a los cautivos la libertad, para publicar el día de la reconciliación del Señor (Is 61). En este momento yo cumplo la orden que Dios mismo me da de anunciaros los favores especiales que está dispuesto a derramar sobre vosotros. Desde hace mucho tiempo los deseáis y esperáis con impaciencia ese día hermoso de la reconciliación del Señor con su pueblo. Sabéis que en otras ciudades, misioneros celosos habían operado milagros de conversión... Si no tenemos ni los talentos ni la virtud de esos hombres de Dios..., le deseo de vuestra santificación y la caridad de Jesucristo, no nos presionan con menor fuerza; y...tenemos la dulce confianza de que esta misión producirá también hermosos frutos, es decir que los ciegos van a abrir los ojos a la luz, y que los cautivos no rehusarán la libertad que venimos a ofrecerles. Si

el Señor se digna hablaros en el fondo del corazón, mientras mi voz golpeará sus oídos, saldréis de esta plática con la resolución ya bien tomada de convertirlos ya mismo (Sermón a algunos fieles, en la apertura de una misión 2, 321).

El Espíritu “*nos une con el Padre y con el Hijo*”. Es La gracia de todos los sacramentos de los que es “*la fuente inagotable*”. Entre los sacramentos, Juan María Ha insistido especialmente en el sacramento de La reconciliación. Nos restablece en esta unión Con el Padre y con el Hijo. Como el hijo pródigo (pero también el hijo mayor), tenemos que “*entrar en nosotros mismos*” para volver a esa unión original recreada en el bautismo y que nuestro pecado ha cuestionado. Es la obra del Espíritu.

En los numerosos retiros que ha animado, tanto con los niños como con los religiosos y los sacerdotes, no deja de recomendar este sacramento. Es también un momento privilegiado con ocasión de los retiros parroquiales que dirige: “*Pecador, hermano mío, quizás desde hace veinte, treinta, cuarenta años, vives en el desorden; te duele, y sin embargo, ahí te quedas; dices: me equivoco, y un instante después te duermes estúpidamente en tu pecado. ¿De dónde viene una inconsciencia tan deplorable? El solo obstáculo que te impide reconciliarte contigo mismo reconciliándote con Dios es la confesión: te falta coraje; no terminas de decidirte a hacer este acto de humildad sin el que no puede haber perdón para ti*” (S 2, 280).

Una oración fervorosa y la recepción sincera del sacramento de la reconciliación son, para Juan María, los criterios de éxito de todo retiro.

Se recibe este sacramento gracias a una actitud espiritual más bien que por medio de una actividad Intelectual. Juan María propone un ejemplo que Caracteriza bien las dos actitudes: “*En una ciudad donde yo daba una misión, en Saint-Brieuc, hace unos treinta años, uno de los habitantes más distinguidos de esta ciudad, (el comisario de la Marina), vino a estar conmigo. Y me dijo que se confesaría durante la misión si yo resolvía de manera satisfactoria para él, algunas dificultades acerca de la armonía entre la libertad del hombre con la presciencia de Dios. Señor, le dije, le daré con mucho gusto las explicaciones Que usted me pide; pero no es el momento, p pues dentro de un cuarto de hora debo ir a la parroquia (San Miguel) para presidir la ceremonia de la renovación de las promesas del bautismo; le ruego que nos pongamos de acuerdo sobre otro día; así lo hicimos, pero ni en el día ni en la hora señalados, lo volví a ver...*” En realidad este hombre no dio el paso, al menos en esta ocasión. Y Juan María comenta: *Me pide, como Pilatos a Jesucristo: ¿qué es la verdad? Olvidaba que, para comprender a Dios, le faltaba una cosa, A saber: ser, él mismo, Dios* (S 2, 284).

Este sacramento exige el abandonarse uno mismo Para ser recibido por otro. He ahí, sin duda, el mejor fruto del Espíritu Santo, pues la entrada en el amor mismo. Recibir el sacramento de la reconciliación, supone un acto de fe en la misericordia de Dios, un acto que no ya no lo es en

el orden de la razonamiento, aunque sea completamente razonable. No nos confesamos al Dios de los filósofos y de los sabios. Para incitar a sus oyentes a ir a confesarse, Juan María hace uso de la experiencia: la de aquellos que han aceptado dar este paso; la experiencia personal pasada; la experiencia hipotética de aquel que se encuentra en una situación de urgencia, en peligro de muerte. De esta manera, el acudir al sacramento de la reconciliación es una acción con un alcance vital. Toca el corazón

Juan María habla también de la actitud del sacerdote En el corazón de este sacramento. Este debe desaparecer ante la misericordia de Dios, ser su puro instrumento: *“Es preciso que nuestra palabra caiga como el rocío del cielo en las almas débiles y extenuadas, las ablande poco a poco, las penetre suavemente, a fin de que podamos lo que San Pablo escribía los fieles de Tesalónica: He estado en medio de vosotros como una madre que acaricia a sus hijos”* (S 2, 315). Pero, sea cual sea la actitud del sacerdote, recibir el sacramento de la reconciliación es encontrar a Cristo, en la fe, haciéndole, simplemente, la confesión de nuestras faltas.

¿Cómo explicar entonces la resistencia para recibir este sacramento? Juan María pone como causa al amor propio. Este amor propio no está inspirado por Dios. No hay que confundirlo con el amor de sí mismo. Verdaderamente no podemos amarnos a nosotros mismos sino en Dios. Dejarse purificar por Dios, encontrar el camino de nuestra verdadera vocación, eso es practicar el verdadera amor inspirado por Dios. Por el contrario, si

cedemos a nuestro amor propio, no hacemos más que acrecentar los obstáculos para la reconciliación: “*dejarse aprisionar por los placeres, disipación de los negocios, encantos de la falsa independencia*”. El Padre de la Mennais se muestra psicólogo al afirmar que el tiempo no arregla nada. Por sí mismo no nos lleva a una actitud de confianza. Todo lo que el tiempo puede producir es el “*adormecimiento*” y, finalmente, “*Una indiferencia mortal*” (cf. S 2, 313)

También recomienda una confesión total de nuestras faltas. Pon en guardia, a menudo, contra lo que No llama “*mentir al Espíritu Santo*”. reconocer sus equivocaciones no reconocerlas sino en parte, justificarlas con toda clase de falsas razones es impedir al Espíritu Santo que opere esta reconciliación. Más allá de una acción concreta como la confesión de nuestras faltas en el sacramento de la reconciliación, Juan María preconiza toda una actitud de vida. Esta confesión no será más que la coronación del diálogo confiando con Dios.

Al mismo tiempo que nos reconcilia con Dios El Espíritu Santo nos reconcilia con la Iglesia Y hace de nosotros “*templos vivos*”: la Iglesia renace En cada reconciliación. Es por eso que este sacramento era tan importante a ojos Juan María. Para reconstruir una parroquia, una congregación, una escuela, recurría espontáneamente al sacramento de la reconciliación: era, para él, garantía de un nuevo espíritu.

*Para comulgar con la oración de Juan-
María*

Padre,
Envía sobre mí tu espíritu de reconciliación.
Dame el valor de reconocer mi pecado, Mediante
la fe y el abandono
Dame la confianza en aquellos que ti Hijo ha
establecido para transmitir tu perdón.
Cúrame de mi amor propio y dame el amor de la
verdad.

quinto día

TRANSPARENTES, A EJEMPLO DE MARÍA

María, al decirnos que el Señor ha mirado la humildad de su sierva, nos enseña que no debe su gloria sino a sus humillaciones. Es verdad que recibió gracias extraordinarias; pero si adquirió tantos méritos de Dios fue porque se reconoció indigna. Fue distinguida con una bendición particular entre todas las mujeres bendecidas por el Señor, pero fue así porque se humillaba tanto más, cuanto más Dios la favorecía, y es así cómo llegó a poseer ese eminente grado de honor en el que la vemos.

Concebida sin mancha, Madre del Hijo del Altísimo, Del Rey de Reyes, caminó por los senderos simples y comunes; perseveraba en la oración con las otras mujeres, nos dice la Escritura; no observamos en su vida ninguna acción de relumbro, ningún prodigio; sólo trata de esconderse, y hasta de confundirse con los

pecadores, a pesar de su dignidad y de su inocencia; y he ahí por qué, he ahí por qué todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

Podemos decir muy bien que nosotros formamos parte De esas generaciones de las que habla María, que la Lllaman bienaventurada, porque su vida ha sido oscura y escondida; porque, aunque nacida de la sangre de David, las humillaciones, los sufrimientos, la pobreza... han ido, en la tierra su única herencia, Porque rebajándose ha merecido que Dios ponga sobre ella una mirada particular de amor y de misericordia? (A 2, 436.

María fue de una transparencia total a la acción del Señor. Ese es el mérito que le reconoce Juan María. María participa de la palabra de Jesús sobre sí mismo: “He venido no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me ha enviado”. Hay que entender bien esas palabras: “humildad”, “rebajamiento”, “indignidad”. No veamos en ellas ningún lenguaje convenido. Pero no veamos, tampoco, ningún desprecio de sí mismo. ¿Cómo habría podido María, despreciar la obra de Dios que ella sabía que era? Esas ‘palabras no suenan, verdaderamente, justas sino cuando son aplicadas a Jesús y a María. Lo que designan no ha sido practicado en un grado eminente y de una manera verdaderamente imitable más que por ellos. Significan el compromiso resuelto de María por y en Jesús de abandonarse enteramente al designio del Padre, de ser su perfecta expresión.

Lo que hace a María imitable no son las gracias extraordinarias recibidas, no lo es la bendición particular de la que ha sido objeto; tampoco lo es su concepción inmaculada o su maternidad divina, sino el hecho de que ha sabido desaparecer ante estos favores de Dios. ¿Y en qué signos se reconoce ese desaparecer? En el hecho de que ha “*caminado por los senderos simples y comunes*”, ha rezado “*con las otras mujeres*”, su vida no ha sido embellecida con ninguna *acción maravillosa*”, de “*ningún prodigio*”. Este desaparecer manifiesta bien la conducta de Dios, perfectamente revelada en Jesús. Se ve claramente que hay un “aire de familia” divino entre La madre y el hijo. El desaparecer de María, como el del Hijo, permite a Dios expresar su humildad. Es justamente una de las enseñanzas de los acontecimientos De Lourdes (1858), de los que Juan María pedirá un relato al H^o. Léobard, que era, entonces el director de la escuela (cf. SFA p.233).

Esta humildad se inscribe siempre en una relación con el hombre: humildad de aquel que viene a pedir la mano de aquella que él ama; humildad de Dios que recorre toda la historia del Pueblo de Dios, una historia del todo tendida hacia las bodas de Dios y de la humanidad, en una alianza eterna. Ella inspira a los que han escrito este itinerario de alianza, inspira a los profetas ya a los sabios. María, por su desaparecer, permite a Dios expresar su espera, solicitar la confianza. Pensemos en el Padre de la parábola que sale para rogar a su hijo mayor que entre en la casa y se regocije por la vuelta de su hermano.

La humildad de Dios, que transluce a través del desaparecer de María, se traduce también en "*las humillaciones, los sufrimientos, la pobreza*". María, por su desaparecer, participa del destino de Dios en la humanidad, él, que se ha rebajado hasta el punto de quedar a merced de los hombres. María, por su desaparecer, entra en este rebajamiento. Su "asunción", participación en la resurrección de Cristo, muestra hasta qué punto ha sido "conforme" a Aquel de quien ha sido la madre, por pura gracia, hasta en la Pascua.

Juan María fundó numerosas congregaciones de jóvenes y de adultos, -hay se llamarían 'grupos de fe' o 'movimientos', consagrados a María. La principal gracia que recibe aquel que recurre a María es esta gracia de rebajamiento, de docilidad espíritu divino. La pedagogía de María es la de la confianza, del abandono, de la disponibilidad. "*Ella tiene en sus manos las llaves del cielo*" /S 1, 510). Esta confianza, esta disponibilidad, son, en efecto, las llaves de todas las otras virtudes que asemejan a su Hijo. La presencia de una 'congregación' en un establecimiento como el colegio de Saint-Malo (1806) o de Saint-Brieuc (1816) ha sido capaz de transformar el espíritu y de suscitar vocaciones (cf. SHA p.234 – 236).

Por ello, María es educadora por excelencia. Ella ha formado la humanidad de Jesús para hacer de esta humanidad la pura expresión de la persona del Verbo. Rezarla, es entrar en su pedagogía misteriosa que no tarda en transformarnos, sin choques, sin reproches, que no harían más que irritar. Juan María, "desde su primera comunión, no ha dejado ni un solo día de recitar su rosario, a

pesar de sus numerosas ocupaciones" (cf. SHA p.227). vivía estrechamente unido a María y recurría a ella antes de tomar decisiones importantes o frente a situaciones difíciles como el drama de Féli (cf. SHA p. 226–227). Un Hermano atestigua: "Un día fue sorprendido, en la antecámara del ministro recitando su rosario para alejar los peligros que amenazaban a sus escuelas" (SHA p. 107).

La pedagogía de María está hecha de mansedumbre, de silencio, de paciencia. Por ello, Juan María no deja nunca de encomendar a la Virgen a los que encuentra durante sus retiros, en reuniones diversas. *"Esta divina María, siempre tan preocupada en favorecer todo lo que tienda a procurar la gloria de su Hijo, esté, en este momento, rezando con nosotros; se asocia ya a nuestros trabajos; implora, para nosotros, el espíritu de humildad, de celo, de obediencia, de pobreza, de renuncia; y sin duda, si no ponemos ningún obstáculo a la eficacia de sus oraciones, vamos a obtener, por su medio, las gracias más excelentes, las más preciosas"* (S 2, 614)

Todos los que se confían a su ministerio, Juan María de la Mennais los ha llevado a María, como a su madre y protectora. Les propone esta oración, inspirada en Louis de Blois, un autor espiritual que le gusta. Ella expresa bien su devoción mariana.

"Madre de mi Dios, es verdad, entonces que tú eres mi Madre. Ya que es así, me acercaré a ti con confianza; me mostraré a ti como soy, débil, miserable, pecador, digno, por este título, de toda la piedad de tu corazón maternal; yo diré a mi

Madre: oh Madre, he aquí a tu hijo, no separes de él tu m mirada, sino más bien deja caer sobre tu hijo una de esas lágrimas de conmiseración y de ternura que, renovando su alma, le devolverán la paz que le arrebató el sentimiento de sus faltas" (*SHA p. 239*)

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
Cuando tu coronas los méritos de María, coronas tus propios dones.
Gracias por el desaparecer de María, por su total docilidad a tu Espíritu, por todos los que le has confiado en tu Hijo.
Inspírame los gestos y las palabras, a fin de que sea un educador, a ejemplo de María.

sexto día

UNA FE ENRAIZADA EN LO HUMANO

Hermanos míos, buscad con las solas luces vuestro espíritu; leed todos los libros que han escrito sobre ello los sabios de la antigüedad y los filísifos de estos tiempos modernos; consultad a todos los pueblos, examinad, comparad sus diversas creencias; en ninguna parte encontraréis nada que no sea infinitamente por debajo, nada que pueda, incluso, ser comparado con la idea sublime que la fe y sus misterios nos dan de la Divi9nidad. ¿Y por qué eso? Por todas partes, fuera de ahí, es el hombre quien habla de Dios, y, en cambio aquí es Dios quien habla de sí mismo.

Del conocimiento de de Dios, la fe nos lleva al conocimiento de nosotros mismos y nos enseña lo que somos y lo que debemos ser.. A quienes pretenden estudiar al hombre, yo les

consulto, les interrogo; quieren que yo sea un animal e hijo del azar.
Buscaba la verdad y he aquí que ahora me dicen que corro en vano en su persecución.
Yo sé lo que haré; no tengo mi existencia de mí mismo; ¡me dirigiré a aquel que me la ha dado! Le diré: ¡Oh Dios!, ayúdame e entender lo que soy; ilumina mi camino; enciende sobre tu siervo la luz de tu rostro; que tu verdad venga sobre mí para consolarme; habla, Señor, te escucho" (S 2, 120).

Dios habla de sí mismo al corazón de cada hombre, allí donde se desarrolla cada historia humana. Habla "trinitariamente": el Padre habla por medio de su Hijo en el Espíritu. *"El misterio de la santa Trinidad es el fundamento sobre el cual descansa todo el cristianismo"* (S 2, 117). Dios habla de sí mismo en su Hijo, Hijo que, él mismo no nos habla sino de su Padre. El Padre envía al Espíritu que prolonga al Hijo a través de la Iglesia y que hace comprender las Escrituras. La fe es, pues, para el hombre, la adhesión de todo su ser al Padre en el Hijo y por el Espíritu. Esta adhesión es renunciamiento a la propia voluntad de poder, obediencia, apertura al misterio escondido desde los siglos.

La fe adopta el punto de vista de Dios. Por su revelación, da a conocer al hombre su origen y su destino. Aquel que sólo tiene en cuenta el razonamiento científico sobre el hombre tiende a hacer de él un simple objeto manipulable, a

reducirlo a una pura exterioridad. Lo que la ciencia dice del hombre es tributario de su hipótesis inicial, de los instrumentos que interrogan su objeto. El razonamiento filosófico hace lo mismo. Su punto de vista, cuando parte de bases demasiado estrechas, termina por reducir al hombre a un animal y confiar su destino al azar. Esta inclinación del hombre a querer comprenderse a sí mismo, independientemente de Aquel que es el origen de su ser, es justamente la opuesta a la fe.

El razonamiento de Dios sobre el hombre se dirige a su corazón. Si es acogido, se convierte en el secreto de su dinamismo. Le lleva a amarlo. 56 Es una palabra en acción, que se encarna en los acontecimientos que Cristo ha inaugurado y que sus testigos continúan a reproducir: *"Es ya tiempo.. de partir de las verdades de la fe como de verdades convenidas y de volver ...a esa hermosa teología de los Padres... a la piedad misma en su más hermosas fuentes, la sagrada Escritura, san Francisco de Sales, etc."* (cf. SHA p.76). La reflexión sobre el hombre debe ahondar en esta fuente.. La boca debe hablar de la abundancia del corazón.

Para eso, es necesario que la humanidad del hombre deje de hacer de pantalla la de Dios. De hecho, el hombre debe renunciar a una humanidad de alquiler, a una humanidad forjada por la desobediencia, cercana a la inhumanidad. Debe reencontrar su auténtica humanidad, la de su "primera condición", es decir llegar a captar la intención que Dios ha tenido al crearlo.

El cristiano perfecto, el hombre nuevo, es aquel cuya vida es Cristo, y Cristo crucificado. Se

podría decir que el hombre "anonadado" es el hombre naturalizado en Cristo, el hombre hecho Cuerpo de Cristo en la Iglesia. Su vida presente en la carne, é la vive, como dice san Pablo, en la fe en el Hijo de Dios que le ha amado y se ha entregado por él.

La fe no se comprende fuera de la Iglesia. Se vive en el Pueblo de Dios donde están distribuidas las diferentes funciones de enseñanza, de discernimiento, de autoridad.. El cristiano que se adhiere a la enseñanza, que se somete al discernimiento y que obedece a la autoridad, encuentra su verdadera identidad, ya que el Espíritu Santo que habita en es él, es el mismo en todas sus manifestaciones. *"Si Jesucristo está con aquellos a quienes ha dicho: 'Quien os escucha, me escucha' crean en ellas, pues; y si Jesucristo no- está con ellos, no creáis en Jesucristo, ya que, evidentemente nos ha engañado, prometiendo a sus apóstoles y a sus sucesores legítimos una asistencia que no les concede"* (S 2, 478).

El Padre de la Mennais ha tenido que luchar contra de su tiempo que ciertas ideas de su tiempo que no daban cuenta de la universalidad de la Iglesia, de su autoridad, como prolongación de la de Jesucristo, de las fuentes de su moral. Con este objetivo, publicó dos obras, en colaboración con su hermano Féli (1808 y 1814). En 1817, reemplazando al obispo de Saint-Brieuc, escribe al representante del papa en París: *"Uno de los más graves peligros es el de ver al poder civil es el de prescribir a la Iglesia. o a una parte de la Iglesia, su enseñanza"* (CG 1, 226).

La fe en Cristo implica la confianza en aquellos a quienes El ha colocado como signos de su palabra, de su perdón, de su carne dada en alimento. La fe da el sentido de la Iglesia. Ayuda a tomar conciencia de la universalidad en el corazón de cada hombre. El lugar, el tiempo, la cultura, todo lo que es particular, se encuentra relativizado cuando se trata de manifestar la realidad de la Iglesia.

Juan María se preguntaba cómo despertar la fe, después del período revolucionario. En la obra de 1808, *"Reflexiones sobre el estado de la Iglesia de Francia"*, preconiza las misiones: *"Si algo pudiera despertar en los corazones, esta fe, serían sin duda las misiones"*. Pero, para que las misiones produzcan su efecto, es necesaria la fe: *"Y para operar estos prodigios, ¿qué es necesario? ¿Grandes talentos? – No, sino una gran fe... ¡Su se supiera lo que puede hacer la fe! ¿Si uno estuviera animado, guiado por la fe! ¡Si no se pusiera más que en ella la su confianza y la esperanza!... Entonces se veríabn renacer las maravillas de los tiempos antiguos..."* (cf. SHA p. 77 – 78).

Pero Juan María sabe bien, sin embargo, que una misión no puede ser suficiente. Hay que cultivar la fe. Para ello, hay que cultivar *"el espíritu de recogimiento que no es otro que el espíritu de fe"* (CG 1, 346). Y pide que se utilicen todos los medios al alcance, diariamente, para mantenerse a la escucha del Espíritu: *"No juzguéis todas las cosas más que a la luz de la fe y teniendo siempre en vista la eternidad"*. (cf. SHA p.71).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
hazme participar de tu vida trinitaria y hazme
progresar así en la ciencia del amor.
Hazme semejante a tu Hijo, por el Espíritu, a fin de
que llegue a ser un hombre nuevo.
Haz que tenga una mirada de fe sobre las personas
y los acontecimientos,
para que lea en ellos tu proyecto de amor.

ESPERANDO CONTRA TODA ESPERANZA

El hombre está impaciente por recoger el fruto de sus trabajos. Se da cuenta frecuentemente de la fragilidad de su ser y que todo se le escapa y huye. Por ello querría triunfar enseguida sobre los obstáculos que se oponen al cumplimiento de sus deseos, incluso los más santos. Incluso hasta para hacer el bien, se apresura, en cierta manera. No sucede así con Dios. Es paciente porque es eterno. quiere que, en sus obras,,su7m mano parezca sola y que lleven el sello de su alta sabiduría. No avanza sino por grados y no llega al fin de sus proyectos más que cuando toda esperanza humana de verlos cumplirse está enteramente apagada. Ya se sabe, la Biblñia nos ofrece una multitud de ejemplos que confirman esta verdad. Dios permite que José sea echado en el fondo de una cisterna, por sus hermanos, a quienes luego salvará. De la misma manera, Moisés a quien ha destinado para librar a su

pueblo de la servidumbre de Egipto, será expuesto, tres meses después de su nacimiento, en un cesta de juncos, en un cañaveral, a las orillas del Nilo. Es en esas situaciones extremas cuando Dios les llama para elevarlos a la cima de la gloria y a hacerles los instrumentos de sus voluntades soberanas. En tiempos más antiguos, después de haber resuelto bendecir, en Abraham, a todas las naciones Dios espera para anunciar el nacimiento de Isaac, que Sara haya pasado la edad de concebir hasta el punto de convertir en irrisión esta extraña promesa (S 2, 507).

Toda la vida de Abraham está fundada sobre la esperanza. Si ha podido ser feliz, es porque ha sabido esperar. La promesa de Dios le bastaba y la tenía segura. El que espera es feliz pues sabe que posee o está ya poseído porque espera: no espera más que la plena realización, que la manifestación.

Su esperanza se apoya en su familiaridad con Dios. Dios "*es paciente porque es eterno*". No es una simple afirmación intelectual. Es una verdad que se siente día a día, en el crisol de la oración, con ocasión de múltiples signos y de múltiples decepciones. Es una marcha al ritmo de Dios que presupone un borrarse por completo por parte de los que pretenden hacer la obra de Dios. Saben que la obra de Dios sobrepasa siempre la obra de una vida humana e incluso la de varias generaciones.

Siguiendo a Abraham, la vida de Juan María descansa también sobre la esperanza. Las palabras que pronuncia en Saint-Brieuc, cuando tiene 42

años, con ocasión de la apertura de una casa destinada a recoger personas de la calle muestra bien su disposición de espíritu en este sentido: "*¿Qué es una casa de refugio sino un vasto hospital donde se recogen y donde se refugian las almas enfermas..., donde se les proporciona, no como en otras partes, esta miserable vida que terminará pronto, sino una vida inmortal...? Sin duda que no se llega siempre a ponerlos al abrigo de una recaída ; pero, acaso la gloria de un hábil médico queda empañada... si sucede que un hombre, por su falta o por su negligencia en seguir el tratamiento que le ha sido prescrito, recae en su primer estado y muere? Acaso se puede decir que no hay más obras útiles en el orden de la salvación que aquellas en las que el éxito es siempre completo? Entonces, hay que excluir del número de esas obras nuestro santo ministerio, pues también nosotros trabajamos a menudo en vano*" (S 2, 509).

Estas palabras vienen reforzadas por la experiencia de su vida. Estaba dispuesto a ver arruinada la obra de toda una vida, no sin sufrimiento, pero con un gran espíritu de fe. En 1835 tiene 55 años. Ha invertido mucho en la fundación de una congregación de sacerdotes y he aquí que la condenación de ciertas ideas atribuidas a su hermano lleva a la ruina de esta Congregación. Confía a una amiga: "*La esperanza huye delante de mí: no me queda más que la oración; pero ésta es todopoderosa; se ha dicho de ella que cambiaría las mismas piedras en hijos de Abraham, y que a su voz, humilde y amable, las*

montañas, dóciles, se trasladarían de un lugar a otro" (CG 3).

En sus informes a su hermano, igualmente, mostrará una esperanza a toda prueba. La esperanza le lleva a imaginar toda suerte de iniciativas para llegar a su corazón. Y, no pudiendo ya intervenir él mismo, incita a otras personas a hacerlo, multiplicando las precauciones. Cuando se ha hecho todo lo posible, continúa esperando: "*Según lo que oigo decir del estado de espíritu actual de Féli, no me atrevería a aconsejar dar paso que probablemente no tendría un feliz resultado si fuera precipitado. Sin embargo, esperar contra toda esperanza, es la divisa de los hijos de la promesa, y Dios, -lo sé-, es lo bastante poderoso como para cambiar las piedras en hijos de Abraham: no pierdo, pues, toda confianza... Voy a escribir, pues, confidencialmente a un eclesiástico de París con quien mi hermano ha conservado buenas relaciones, y a quien escucha con gusto..." (CG 3, 312).* La esperanza da el verdadero realismo, pues expulsa el temor que tiene siempre tendencia a deformar la realidad.

Cinco años más tarde, en 1840, Félicité publica un panfleto intitulado: "*El país y el gobierno*". Es condenado por la corte de casación a un año de prisión y a dos mil francos de multa. Su hermano espera hasta el final: "*Ahora, ¡helo ahí completamente abandonado de todos sus verdaderos amigos!... ¡Dios mío, Dios mío! Ten piedad de tu siervo tan fiel en otros tiempos: ¡sálvalo en tu gran misericordia! - Ésa es la única esperanza que nos queda" (CG 4, 376).*

En su actividad apostólica, su esperanza es, igualmente, puesta a prueba multitud de veces. El primer envío de misioneros a la Guadalupe, en 1837, se salda con un fracaso: uno de los Hermanos, desanimado, pide volver a Francia; el director, atacado por la fiebre amarilla, muere, y dos de sus cohermanos se van. Hay que volver a empezar. No se deja abatir por los obstáculos y se recomienza la obra: "... *He visto otras muchas, y nada ha quebrantado nunca mis propósitos... Lean la vida de los santos fundadores de obras y la de los misioneros, e instrúyase, reanímese con sus ejemplos...*" (CG 5, 60).

¡Cuántas situaciones en las que su esperanza es puesta a prueba... Un simple ejemplo: "Antes de poder abrir la escuela para chicos, en Loudéac, tendrá que escribir trece cartas a las autoridades civiles y académicas, aguantar durante trece meses y comprometerse financieramente; con ocasión de estos altercados con el alcalde y el sub-prefecto de Ploërmel que se ponen de acuerdo para rehusar a sus Hermanos los certificados de moralidad indispensables para su nombramiento a la cabeza de una escuela, el superior escribirá veintidós cartas a los funcionarios correspondientes, durante los nueve meses que dura el asunto". (SHA p. 107)

Descarta, entre aquello a quienes está formando los motivos de desaliento: "*Unos dicen: tengo muchos defectos y muy pocos talentos. Otros dicen: nuestra obra está todavía en un estado de imperfección que me aflige; yo querría que se tome tal medio, tal medida para apresurar su desarrollo y su progreso; el éxito depende de esto o depende de aquello, y no veo que se ocupen de ello...*"

"Responderé: ¿eres un hombre de buena voluntad, "la voluntad de ser enteramente de Dios? Vete en paz, he ahí lo esencial..."

La experiencia se enraíza en la voluntad de ser enteramente de Dios. Participa de la esperanza de Cristo, cuya voluntad se identificaba con la del Padre. La esperanza no cambia los defectos en cualidades y no da nuevos talentos, pero permite aceptarse como uno es , sin compararse con los otros. No cambia los acontecimientos pero incita a ponerse al servicio del Reino.

"¡Hoy, nadie puede decir que lo que ha fundado la víspera estará en pie al día siguiente! Todas las más sabias previsiones quedan en cada momento, desconcertadas, y sin embargo es bajo el ruido de esas grandes tempestades que truenan sin cesar sobre nuestras cabezas como hay que caminar hacia nuestro objetivo con una calma que nada altera y una perseverancia que nada puede vencer" (S 2, 608).

Estas reflexiones, ¿no son acaso, hoy, aún más verdaderas?

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,

Abraham ha exultado pensando ver el día de tu Hijo.

Dame tu Espíritu

para guardar mi corazón abierto a la esperanza,
para caminar al ritmo de tu eternidad,
para detenerme ante las dificultades del camino,
sin desanimarme frente a los fracasos.
Haz de mí un vigía que no se cansa de otear la
aurora.

UN INMENSO DESEO DE COMUNIÓN Y DE UNIDAD

Si nuestro amor a la Iglesia es tan puro que llega a ser también vivo, nos preservará...de un defecto muy común: de esa miserable envidia que es la fuente de tanto mal, y que impide tanto bien. Uno no está contento sino de lo que hace: no se aprueba, no se alaba más que lo que ha sido hecho por el grupo al que se pertenece; a le duele el éxito de los demás, y a veces se descarría de tal forma que hasta pone obstáculos, porque considera competidores y rivales a aquellos a quienes debería ver como colaboradores y hermanos.

Tengamos pensamientos muy diferentes; tengamos un corazón verdaderamente católico; que todos aquello que, como nosotros trabajan para agrandar el reino0 de Jesucristo nos sean queridos; interesémonos por sus obras y por sus trabajos como por los nuestros. Reconozcamos todos los

servicios que prestan a nuestra madre; y si tienen la suerte de prestarlos mayores que nosotros, lejos de entristecernos por ello, bendigamos a Dios y pidámosle que centuplique a esos obreros llenos de celo; pidámosle como Moisés, que envíe a los que debe enviar, ya seamos nosotros, ya sean los otros, ¡qué importa!, con tal que la verdad se extienda, brille, ilumine a todos los espíritus, y que la Iglesia sea exaltada.
(S2, 645)

La envidia viene desde el fondo de los tiempos. La serpiente del Génesis inspira a Eva la idea de que Dios podría estar envidioso del hombre, impidiéndole el acceso al conocimiento, al prohibirle comer del fruto del árbol. El fenómeno tan conocido del deseo mimético (deseo de un objeto apoyándose en el deseo que otro tiene de ese mismo objeto) envenena a menudo las relaciones entre los hombres. Las obras no adquieren valor más que por el hecho de que son nuestras propias realizaciones más bien que las de otro.

Juan María opone a eso un "*corazón verdaderamente católico*". Un corazón católico es un corazón que aprecia la totalidad de las cosas, que concilia unidad y diversidad. Ello implica el sobrepasar el "yo" individual para tomar al otro en consideración. Pero sólo Dios puede hacer esta unidad y asegurar la promoción de cada uno en la unidad. Nada hay tan variado como los miembros del cuerpo de Cristo, nada más diverso que sus obras en el tiempo y en el espacio. Sin embargo

nada hay más unificado que el Cuerpo de Cristo vivificado por un mismo Espíritu.

Juan María ha vivido esta diversidad y esta unidad en todos los niveles, y primero en sus relaciones personales. Evoca esta comunión de amistad en su relación con Bruté de Rémur, cuando éste acaba de embarcarse hacia los Estados Unidos: "*No teníamos un solo pensamiento que no fuese común, un solo sentimiento que no fuera compartido y que la amistad no lo hiciera o menos amargo o más dulce; ...el encanto de una confianza íntima se difundía en nuestros estudios yo no sé qué encanto amable que es más fácil de sentir que de explicar... Nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras alegrías, nuestros dolores, se confundían como arroyos que, corriendo por la misma pendiente, van a mezclarse y a perderse en un depósito común. Nos encontrábamos, en efecto, en el depósito infinito, en el océano inmenso donde es preciso que todo lo que ha sido creado venga a hundirse para siempre en el amor de nuestro Dios, más vasta y más profundo que los mares que acaban de atravesar No echamos de menos esos arroyitos, pues nos queda ese gran océano, y es sólo ahí donde no hay que temer las separaciones*" (CG 1, 104). Juan María no concibe la amistad fuera de una relación común con Dios que une a los amigos respetando su diversidad.

En la relación educativa, practica también la pedagogía de la amistad. Responde a Mons. De Lesquen que quiere confiarle un niño: "*Es necesario que yo conozca bien al niño del que se trata, y que él establezca, en primer lugar, entre él*

y yo, relaciones de confianza, y yo diría que casi de amistad, si eso es posible"(CG 3, 486). En las relaciones con los jóvenes, la amistad debe ser siempre buscada, pues es el signo del amor de Dios. Sólo el amor es digno de fe. "*Es por ese medio como yo lo atraeré a mejores ideas y a una vida mejor, como he traído a otros varios*".

La amistad es capaz de subsistir incluso si no hay reciprocidad. Es el caso de su amistad con su hermano, después de la ruptura. Le escribe seis años después de esta ruptura: "*Dejo París con un muy vivo pesar de no haberte visto: no tenías nada que teme, sin embargo, de que te dijera una palabra que hubiera que te hubiera podido herir en lo más mínimo: ten la seguridad de que nada en el mundo podrá jamás alterar mi amistad para contigo, y que seré siempre, suceda lo que suceda, tu amigo más tierno y más abnegado!*" (CG 4, 310).

La amistad cristiana no se pone en duda por causa de los acontecimientos, ni por las intermitencias del corazón. Participa del amor mismo de Dios para con cada uno de sus hijos. Puede, incluso, tomar compromisos para el porvenir. Está llena de ternura y de respeto hacia aquel mismo que se separa de ella. Es paciente. Incluso es capaz de disimular sus actitudes, sus miramientos, por discreción, para evitar cualquier malentendido. "*Es nuestro privilegio, para nosotros, cristiano, el permanecer invariables en nuestros sentimientos, cuando ya lo somos en nuestra fe*" (CG 3, 516).

Lo que vive en el plano de las relaciones interpersonales, querría que fuera vivido en las congregaciones que ha fundado. "*El espíritu de la*

Congregación debe ser un espíritu de caridad y de unión". (CG 2, 603. Juan María es consciente de las dificultades para llegar a esta comunión entre hermanos: "Sería absurdo esperar que en una gran reunión de hombres, no haya nunca enfermos; y no lo sería menos el suponer que una congregación no haya nunca caracteres molestos, por más precauciones que se tomen en la elección de los sujetos que se reciben" Sin embargo mantiene esta exigencia: "Amémonos como hermano, según el corazón de Cristo, sigamos el consejo del apóstol: que nada pueda alterar nunca nuestra paz, nuestra unión; esta unión santa no quedará rota por la muerte; será eterna como Dios mismo!". ¿No es acaso por ese signo como se reconoce a los discípulos de Cristo? "Mientras estemos unidos, seremos fuertes y seremos felices; sí, esta unión santa hará el encanto, la gracia y la fuerza de nuestra sociedad".

Juan María querría también que esta comunión sea vivida en la Iglesia que se dice católica, entre las Iglesias y entre las religiones. Y es esta preocupación la que se encuentra en el punto de partida del "Torrente de Ideas Vagas (1807) en el que proyecta hacer un libro en relación con "la vuelta a la unidad católica universal". Para ello Juan María comprende inmediatamente que es necesario un esfuerzo por parte de quienes pretenden representar esta unidad. Ellos mismos deben hacerse más 'católicos' desarrollando una "fe viva", un "amor hacia Jesús y María", el "celo de la gloria de Dios."

Pensando en esta renovación, Juan María no deja de señalar la importancia de los estudios.

Desde luego, estos no bastan para recrear la unidad: es necesaria una conversión de los corazones. Sin embargo la ignorancia contribuye a menudo a fortalecer los prejuicios. Una vuelta a las fuentes de la fe es necesaria para superar las incomprensiones que, endureciéndose, terminan haciéndose errores y creando divisiones.

Esta profundización del carácter católico, respetando a la vez la unidad y la diversidad, debe llevar a la vez a una comunión con aquel que Cristo ha designado como garante ⁷¹ de la unidad, el papa, y a una apertura a las iglesias y a las otras religiones. Tendrá la ocasión de favorecer esta comunión mediante los nombramientos de obispos que propondrá al Gran Capellán, M. de Croy, de 1822 a 1824. *"Y es así en poco tiempo esta Gran Capellanía...vino a ser, en cierto modo, para la Iglesia de Francia, el baluarte de la fe"* (SHA p.311).

Juan María mostrará su apego a la comunión en la Iglesia en varias circunstancias dolorosas. En 1821, es despedido por el obispo de Saint-Breuc. Más tarde le será prohibido el misterio por este mismo obispo. En 1834, es excluido de una congregación que había contribuido a fundar. Cada vez, con humildad, y sin cultivar la amargura, puede decir: *"Me ha servido de provecho para la eternidad lo que me afligía, deseando sin embargo que esta prueba, tan útil para la salvación, fuese abreviada lo más posible pues con ello la religión sufre"* (CG 2, 172).

Si Juan María se muestra tan apegado a la comunión, es que sabe que es con este signo como el mundo reconocerá a los discípulos de Cristo.

"La paz de la comunidad, más que un estilo de vida, es la razón última de de la misión. La comunidad está llamada a significar, más que a obrar, a vivir más que a anunciar, a ser profecía más que a transmitir un mensaje" (SM p. 48). Lo que es verdad para la comunidad religiosa es verdad para toda la Iglesia, signo del mundo futuro donde Dios será todo en todos.

Para comulgar en la oración de Juan María

Padre,
tú has manifestado tu fidelidad en tu Hijo.
Haz que, por tu Espíritu, siga fiel a todos los que
has puesto en mi camino.
Ensancha mi amistad como las dimensiones del
mundo.
Hazme amar a los que parecen no conocerte. Dame
un espíritu de unidad a fin de que el mundo crea.

**'DIOS SOLO',
PRINCIPIO DE UNA VIDA**

¿Qué importa que estemos en un lugar o en otro de esta tierra para la que no hemos sido creados y donde pasamos como sombras? Sí, ¿qué importa? Para las almas que se aman en Cristo no hay distancias; el tiempo no tiene duración para aquellos a quienes les pertenece la eternidad. Comprendamos, pues, bien, lo que somos, cuál es nuestro destino, y no sigamos el ejemplo de los insensatos que encierran todas sus esperanzas en una vida que, por así decir, ya no existe; no vayamos a afligirnos por lo que no merece ni siquiera que no nos ocupemos ni un instante. ¿Acaso los santos han tenido nunca esos pensamientos estrechos y tristes? ¿Acaso no han corrido hasta el final del mundo, cuando eran llamados para la salvación de las almas? ¿No han tomado, acaso, a la letra estas palabras de Jesucristo: "quien no deje a su padre y a su madre y a sus hermanos y a sus hermanas para seguirme es indigno del reino de los cielos? Y nosotros, que nos gloriamos de ser los hijos de los santos, ¿podríamos dedicarnos a debilitar las máximas que han sido su regla y

limitarnos a una admiración estéril de los grandes ejemplos que nos han sido dados? Tengámoslos sin cesar ante los ojos... A nuestro alrededor, nada es estable, y nosotros mismos cambiamos como todo lo demás; por lo tanto, no nos apoyemos, pues, en el hombre, miserable juguete de los acontecimientos; apoyémonos en Dios sólo, no nos apeguemos más que a Dios sólo; no deseemos más que el cumplimiento de su voluntad siempre santa, siempre justa, siempre misericordiosa (S, 494).

La divisa 'Dios Sólo' nos coloca en el corazón del Evangelio. Juan María aplica esta divisa cuando pronuncia estas palabras, en febrero de 1823. Tiene 42 años, está en París desde hace dos meses. Eso representa para él una desubicación total, y no sabe por cuánto tiempo. Ha tenido que dejar a "sus Hermanos y a sus Hermanas", dos congregaciones que acaba de fundar.

Más tarde, a los 66 años, podrá escribir a un Hermano lo que él mismo ha experimentado: *"Procure, pues, levantar su alma y despegarla de todos los afectos terrenos: el apego a un lugar más bien que a otro, el pesar demasiado vivo por ciertos consuelos meramente humanos, he ahí grandes miserias. Atribuya todo a Dios, mi querido hijo: no haga nada sino en relación con la eternidad: que ése sea su único pensamiento"* (CG 5, 415).

Juan María ha unificado su vida y la ha centrado en Dios sólo. Ha vivido esta divisa como

un dinamismo interior que le ha hecho "capaz de ver la realidad con los ojos mismos de Cristo" (SM p. 107). En un mismo proyecto de vida, ha unido experiencia de Dios y experiencia de la realidad. "Sin la experiencia de Dios, la experiencia de la realidad sería opaca y diferente y sin una experiencia precisa de la realidad, la experiencia de Dios sería vacía y ambigua" (SM p. 108)

"El hombre más razonable sería aquel que alimentara su espíritu con un solo pensamiento: ¡Dios sólo! Pero sólo el corazón cristiano puede entender esta palabra, ¡Dios sólo! M p 63). El hombre más razonable sería el hombre que pondría su razón al servicio del espíritu de fe, que se pondría a la escucha del Padre. En este sentido, Jesús ha sido el más razonable de los hombres, aunque haya tenido que pasar por la locura de la cruz. La voluntad del Padre es que todos los hombres se salven. Esta salvación pasa por la cruz, porque pasa por un rechazo de entrar en las intenciones, a menudo estrechas, de los hombres, en sus proyectos individuales o colectivos más o menos egoístas. El hombre razonable es aquel que acepta renunciar a una cierta 'razón', orientada hacia la concepción de proyectos a menudo condicionados por el interés inmediato.

La divisa 'Dios sólo' implica "la actitud del despojo interior, de la humildad, del salir de sí mismo para aceptar la voluntad de Dios"(SM p.110). "*Dios mío, te he elegido por mi herencia, y esta herencia no me será quitada; tú solo eres para mí algo, y tú solo, Dios mío, serás siempre, todo, para mí: la vida no es nada, la reputación no es nada, la ciencia no es nada, la salud no es nada, la*

fortuna no es nada, ¡Dios sólo! ¡Dios sólo! (M p. 90).

Se trata de un acto de sabiduría humana, pero iluminado por la revelación divina. Se trata de hacer revivir en nosotros la renuncia de Cristo idéntica a la renuncia del Padre, ya que todo lo que el Hijo ve hacer al Padre, él también lo hace.

"La semejanza con los rasgos del rostro de Cristo es la fuente de la identidad y de la unidad personal más profunda. En ese rostro se revela mi rostro, mi identidad más profunda. (SM p.108). Juan María considera su vida como una imitación de la de Cristo. *"El sacrificio de Jesucristo ha sido entero: renuncia a los bienes, a los honores del mundo, a las comodidades de la vida, desde la cuna hasta el Calvario; renuncia a su familia de la que se separa para ocuparse de los intereses y de la gloria de su padre; pero sobre todo renuncia a su voluntad, como lo observábamos hace un momento: heme aquí., vengo para hacer tu voluntad. He ahí lo que debemos imitar."*

Es consciente de la dificultad de esta configuración con Cristo: *"En un momento de fervor uno cree que es cosa fácil. Y sin embargo, ved cuán pocos son los que se dan verdaderamente y sin reservas a Dios; uno tiene ciertos gustos, ciertos hábitos que no quiere contrariar, porque, en el fondo, le costaría demasiado y porque no son criminales; el otro tiene unos padres de los que no quiere separarse; a otros muchos más no les detendrían estas consideraciones; pero renunciar a la independencia, no tener y hacer la propia voluntad, obedecer, volver a obedecer, y siempre, someter, no solamente las propias acciones, sino*

también el propio juicio a la voluntad de otro hombre más ciego, más débil, más miserable quizás de lo que nosotros mismos somos ¿quién lo entiende?" (S 2, 641).

La obediencia es la piedra de toque del sacrificio, de la consagración bautismal. Eso es válido para todo cristiano, aunque esta obediencia tenga, luego, que diversificarse en varias formas de vida. Todo cristiano debe tratar de comulgar con la voluntad de Jesús, que hace siempre lo que le gusta al Padre. *"En una palabra, ¿dónde están los hombres que no reservan nada con Dios, que no hacen con él una especie de mercado en el que tratan al precio más bajo posible? En cuanto a nosotros, amigos míos, ¡demos todos! no tratemos de guardarnos la menor parcela de nuestra voluntad, la menor paja; sí, seamos enteramente de Dios; hagamos todo por Dios; ¡Dios solo! ¡Dios solo! Dios solo en el tiempo, Dios solo en la eternidad!" (S 2, 640)*

El verdadero sacrificio es el de la voluntad. El cristiano debe hacer su voluntad, sagrada, es decir reservada a Dios. Su voluntad debe llegar a ser la de Dios mismo, voluntad encarnada en Cristo y en aquello que Cristo ha designado como su prolongación en el servicio de la Iglesia.

"Centrada en Dios sólo, considerando todo según Dios, el Hermano (el cristiano) llega a gozar de la paz de saber que en todo momento sólo busca el querer de Dios" (SM p.110). *"Esforcémonos en adquirir esa inalterable serenidad, esa calma del espíritu, esa mansedumbre llena de alegría y de paz, de amor y de esperanza, que ha sido prometida a los que, elevándose por encima de la*

naturaleza y de los sentidos, ven a Dios y no ven más que a Dios en todo" (CG 1, 1143).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
que mi vida sea enteramente a tuya, en Jesús, por el Espíritu. Hazme así razonable, aunque yo pase por un loco a los ojos de los hombres.
Ayúdame a decir con Jesús: "Hago siempre lo que le place",
y haz que eso se haga realidad en lo cotidiano de mi vida.
Podré así recibir la paz de tu Hijo.

décimo día

HACERSE DISPONIBLE A LA PROVIDENCIA

Providencia de mi Dios, ¡oh Madre a quien tantas veces he invocado!, Providencia siempre tan buena, tan sabia, tan llena de piedad y de amor para con las pobres criaturas, te adoramos, te bendecimos, nos abandonamos a ti sin reserva; haz de nosotros todo lo que te plazca, no tenemos otra voluntad que la de cumplir la tuya en todo, en las humillaciones, en las grandezas, en la pobreza, en las riquezas, en la salud, en la enfermedad, en la vida y en la muerte.

¡Oh Dios mío! No escuches nuestros ciegos deseos, nuestras oraciones indiscretas: con tal que estemos en el orden que has establecido, y que secundemos tus designios; con tal que, ayudando a nuestros hermanos a salvarse, nos salvemos nosotros mismos, todo está bien y no tendremos más voz que para cantar el cántico de acción de gracias: Providencia de mi Dios, vela sobre tus hijos; reafírmalos,

dirígelos, sé su defensor, su guía, su luz, su consejo, su consuelo, su tesoro, su alegría, su esperanza: ¡Dios sólo en el tiempo, Dios sólo en la eternidad! (S 2, 493).

Cuando Juan María pronuncia esta oración durante un sermón a las religiosas de la Providencia, acabe de vivir una experiencia espiritual: *"En mi vida no he hecho a la religión un sacrificio más duro que el que me ha sido impuesto en esta dolorosa circunstancia. He sacrificado mis gustos, mis afectos, mi descanso, y como única compensación, como único consuelo no me queda más que el sentimiento íntimo de haber cumplido un deber sagrado hacia la Iglesia, renunciando por sus intereses y por su gloria a todo lo que podía hacer la dulzura y el encanto de mi vida"* (S 2, 493).

Juan María fue nombrado, el 9 de noviembre de 1822 vicario general de la Gran Capellanía de Francia. Dejó Saint-Brieuc el 22 de noviembre, para ir a París. Una gruesa prueba, como él mismo confiesa. Perdía todos sus puntos de apoyo, todas sus relaciones, todas sus obras, y en particular las dos congregaciones que acababa apenas de poner en pie. Vuelve a Saint-Brieuc por un permiso, "en la noche del 30 al 31 de enero". Juan María ha superado la prueba: *"¿Qué importa que seamos en un punto o en otro de esta tierra para la que no estamos hechos y por la que pasamos como sombras? Sí, ¿qué importa? No hay distancias para las almas que se aman en Jesucristo; el tiempo no tiene duración para aquellos a quines*

pertenece la eternidad". Se puede decir que se ha abandonado a la Providencia y que es esta Providencia la que le da una apreciación nueva del espacio y del tiempo; ya no hay distancias, ya no hay duración. Todo está considerado en una relación de eternidad.

Juan María habla muy a menudo de la Providencia. En su Memorial hay esta palabra: "*Hay que dejarse devorar por la Providencia. No quiero olvidar esa palabra; 8 2 quiero que toda mi alma lo diga y lo vuelva a decir en cada momento. ¡Sí! Quiero dejarme devorar por la Providencia, me abandono, me entrego a la Providencia. Nada de resistencias, ! Ni el mínimo movimiento... ¡Que ella me devore!*" (M p. 85).

La palabra Providencia parece implicar una actitud más bien pasiva por nuestra parte. La Providencia lo regularía todo de antemano y se parecería a un destino. Es una palabra que evoca, por otro lado, acontecimientos felices que nos sucederían acontecimientos desgraciados de los que quedaríamos a salvo

Juan María le da una dimensión muy distinta: "*Hay que dejarse devorar por la Providencia". Hay un compro miso por parte del hombre. Podría huir... Decide dejarse hacer. La Providencia un puede, según parece, hacer nada sin la cooperación humana. Por otra parte está el verbo 'devorar'. Como si la Providencia tuviera algo de temible, de "voraz". Efectivamente Juan María se abandona, se entrega totalmente a la Providencia "en cada instante".*

¿Qué es, pues, esta Providencia que depende del hombre y devoradora? Lejos de nosotros hacernos una representación de la Providencia como si fuera una especie de diosa de la Fortuna, un ser a parte, todopoderoso, que tendría el dominio de todos los destinos. La Providencia de Dios, es Dios mismo, en cuanto que se preocupa de su obra porque la ama. Por otro lado, no hay que representarse a Dios como alguien que, desde el exterior, combinaría los acontecimientos para asegurar el éxito de los que le sirven.

La Providencia aparece como pobre, ávida en su pobreza, dispuesta a. Todo lo contrario de una Providencia rica, poderosa, liberal. Puede llevar a pensar en ese poema de Tagore que pone en escena un hijo de rey bajando de su carroza para ir al encuentro de un mendigo, al borde del camino, y pidiéndole que le dé una limosna. El mendigo no le dará más que una ínfima parte de su magra pitanza: un grano de arroz. Será el motivo para lamentar el no haber dado todo, pues, al final de la jornada, encontrará un grano de trigo en lugar del grano de arroz dado al hijo del rey. Así sucede con la Providencia: lo que no se dado queda perdido.

Juan María de la Mennais piensa mucho más en abandonarse a la Providencia que en recibir de ella. Ha comprendido que no se puede recibir de ella más que en la confianza, en el abandono. El don de la Providencia ¿no es, por otra parte, ese abandono mismo, esa entrega total de sí mismo esta confianza absoluta? Para dar confianza es necesario haber encontrado el camino de la fuente de su ser de la fuente de la creación y de la gracia. Es necesario haber el camino de la humildad de

aquel que sabe que, haga lo que haga, suceda lo que le suceda , no puede hacer nada sin la acción de Dios que no es del mismo orden que las acciones humanas.

Lejos de atribuir a la Providencia el papel de distribuidor automático dice: *"No escuchéis nuestros deseos ciegos, nuestras oraciones indiscretas"*. El deseo es ciego y la oración indiscreta mientras no entren en el plan de Dios. La Providencia no puede obrar más que en un corazón que se ensancha hasta las dimensiones del Reino.

Se lo explica muy bien a una corresponsal: *"El alma que es dócil y obediente bajo la mano de Dios no se resiste a las inspiraciones de la gracia. Se olvida de sí misma, no desea ni busca más que la gloria de Aquel a quien ama. Tiene una profunda convicción de fe sobre la acción de Dios en todo. Ve que es é quien dirige los hombres y sus consejos, tanto las más pequeñas contrariedades de la familia más pequeña, como los acontecimientos que cambian la faz de los imperios. No se irrita por las contradicciones. No se agita por los continuos movimientos de impaciencia y de despecho. Saborea una paz que nada puede alterar. Bendice y adora, con alegría y ternura, los designios de la Providencia sobre ella. Lo que ve, lo que entiende, no puede nun ca ser, para ella, un motivo de tristeza o una ocasión de duda, pues, en fin es Dios quien lo quiere y eso le basta"* (CG 1, 142).

Para Juan María, abandonarse a la Providencia es, pues, entrar en los designios de Dios, es zambullirse en su voluntad. El triunfo de Dios está asegurado, ya que es la fuente inagotable

de todas las cosas. Quien cree en la Providencia da a todo un valor de eternidad. Vive toda experiencia humana, gozosa o dolorosa, luminosa o gloriosa, de la misma manera que Jesús, completamente abandonado a la voluntad del Padre. La Providencia, ¿ puede tener otros rasgos distintos de los de Cristo Siervo, en la Cruz, imagen perfecta de Aquel que la ha engendrado? Compartir 85 el destino de Cristo en este mundo, tal es la obra de la Providencia.

*Para comulgar con la oración de Juan
María*

Padre,
tu Hijo ha querido enriquecerme con su pobreza.
Buscando mi amor, como un mendigo, es como
quieres que participe en tu vida,
que comulgue con tu Espíritu Santo,
siendo así mi Providencia.

undécimo día

LA COMPASION EN LA DIMENSION DEL MUNDO

Hermanos míos, si tuvierais bajo vuestros ojos el espectáculo de una familia, de un solo hombre... a punto de perecer por falta de alimentos, ¡con qué premura no correríais en su ayuda! ¡Pues bien! no es un hombre, no es una familia...son parroquias enteras las que languidecen esperando alimento espiritual; es la miseria de la religión, la penuria del santuario que se hace, cada día más profunda y más deplorable; es, en una palabra, la amenaza del profeta cuyo terrible cumplimiento estamos viendo: los pequeños han pedido pan y no había nadie para dárselo.

Cristianos, conmovidos por una piadosa compasión hacia una escasez tan dolorosa, nada os costará, para aliviarla, y consagrand a este obra de misericordia una porción de lo superfluo, mostraréis que la fe está todavía viva, en el fondo de vuestras almas, y que las circunstancias más molestas, lejos de ser un obstáculo

a la caridad, parecen darle un nuevo vigor, al mismo tiempo que aumentan su precio (*A futuros sacerdotes, S, 1, 541*).

Al principio del Memorial, compilación de pensamientos, Juan María, joven sacerdote entonces, escribe: "*Tened compasión de vosotros mismos, y Dios tendrá compasión de vosotros: : decid, yo soy culpable y él dirá, ven. hijo mío que te perdono; mi pobre hijo, ven donde tu padre, su corazón se abrirá para recibirte! ¡Sí! ¡Qué bien estarás en el seno de tu padre!*" (M, p.1). La compasión se ejerce, en primer lugar, hacia sí mismo. Ese sentimiento es ya un efecto de la gracia: es una ternura sin juicio, hacia un ser que sufre. No se trata de un acto de conmiseración natural consigo mismo, sino de una participación en la compasión del Padre hacia sí. Entre uno y uno, está el amor del Padre: se crea una distancia, emerge una nueva estima de sí. El texto parece querer poner la compasión de Dios detrás de la nuestra, pero es justamente la compasión de Dios la que engendra la compasión hacia sí mismo. Para ver la propia miseria, se necesita la mirada de Dios. La compasión se ensancha:: de uno mismo al otro, del otro a otros varios, de otros varios a la parroquia y al sector, para alcanzar a toda la Iglesia y a la humanidad entera.

La intervención de Dios comienza con su compasión. Podemos recordar las primeras palabras de Dios a Moisés, en desierto: "He visto, he visto la miseria de mi pueblo que está en Egipto. He oído su grito ante sus opresores; sí,

conozco sus angustias" (Ex 3, 7). Así, la misión brota de la compasión: *"me parece que oigo elevarse todo a mi alrededor, como un grito de miseria: ten piedad de nosotros, ten piedad de nosotros, gritan los enfermos, no nos dejes solos con nuestros dolores; danos la vida, dándonos el pan, gritan los pobres, como Lázaro, no les pedimos más que lo que tenéis como superfluo, algunas migajas de vuestra mesa, algún resto de vuestra abundancia. No cerraréis los oídos a las quejas de los miserables ni vuestros corazones a la compasión. No seréis culpables de la muerte de vuestros hermanos, y no os pondréis en el caso de dar cuenta a Dios de su sangre, de su alma, de todos los excesos a los que pueden precipitarles el hambre y la desesperación"* (S 1, 669).

"Dejad que los niños vengan a mí" (Mc 10, 14). "Es ésta la palabra que ha impresionado con más fuerza el corazón de Juan María y de la que ha hecho el punto focal de su lectura del Evangelio" (SM p. 67). El Señor ha inspirado al corazón de Juan María la compasión hacia los niños, punto de partida de su misión específica en la Iglesia: *"La vista de esa multitud de niños que no piden ayuda...ningún interés humano nos retendrá; nos lanzaremos hacia ellos, los tomaremos entre nuestros brazos, y les diremos: Queridos niños que Jesús, nuestro Salvador, ha amado tanto, y a quienes se ha dignado abrazar y bendecir, venid con nosotros, quedaos con nosotros; seremos los ángeles guardianes de vuestra inocencia!*" (S 2, 538).

Se encuentra la expresión 'niños pequeños' en san Juan. Expresa la ternura y la compasión. El discípulo de Cristo debe comprender esta petición, pues raramente está expresada mediante la expresión los "niños pequeños". Pero no podrá comprenderla más que por la gracia de la compasión. Jesús estaba animado por esta compasión hacia la muchedumbre venida a su encuentro. El cristiano entra, pues, en la compasión de Cristo, que era, en primer lugar, la del Padre. En el mismo movimiento, participa en su misión. Se trata de distribuir el pan, como prolongación del gesto de Jesús en la multiplicación de los panes, y aún más en la comida antes de la Pasión. El pan es indisociablemente el pan de la Palabra y el del Cuerpo de Cristo. Es la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

La evangelización por la educación es una obra de misericordia: es propiamente el efecto de la compasión. Brota de la abundancia del corazón. Es un corazón lleno de compasión y rico del pan de la Palabra y del Cuerpo de Cristo que puede consagrarse a esta obra de misericordia.

La misión es una responsabilidad. Los excesos vienen del hambre y de la desesperación. La raíz de este hambre y de esta desesperación es la ausencia de Dios. No se siente conscientemente por aquellos que se entregan a esos excesos, pero la sienten por aquél que ha tomado conciencia de la presencia de Dios en él, se ha saciado de ella y se ha puesto a esperar. Desde entonces está en grado de experimentar la compasión hacia aquellos que no sienten esta presencia.

Juan María expresa su compasión por medio de otra imagen, la de la enfermedad. tiene la idea de comparar una escuela con un hospital (cf. CG 6, 385). Al principio de un retiro para jóvenes, presente un cuadro sin complacencia sobre los "enfermos" que va a tener que socorrer. *"Al entrar en esta capilla, y echando una ojeada sobre esta muchedumbre de jóvenes que se han reunido, me parece estar en medio de un vasto hospital"*. Su reacción estará inspirada por el Espíritu de Cristo: *"Me sobrepongo al secreto horror que inspira un espectáculo tan espantoso espectáculo; encargado por el mismo Jesucristo de trabajar en la curación de estos pobres enfermos...me acerco a cada uno de ellos y examino atentamente su estado."* (S 1, 449).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
tú me manifiestas tu ternura en tu Hijo y en María.
Tú la revelas en tus santos.
Que tu Espíritu me inspire esta misma ternura para
con todos mis hermanos, particularmente con los
más pequeños.
Ayúdame a llevar con amor el sufrimiento de los
hombres,
sobre todo el de los niños y el de los jóvenes.

UNA MISION DE AMOR

¿No es cosa admirable que, del corazón mismo del ateísmo europeo surjan hombres apostólicos que van a extender el imperio de Dios en el Nuevo Mundo? La fe se apaga: apenas acá y allá se ve lucir en una noche profunda algunas antorchas mortecinas, y he ahí que, de esta noche misma parten chispas que va a alumbrar al otro extremo de la tierra un nuevo incendio. Nosotros, que no veremos ese lejano triunfo de la cruz, tristes, en medio de las ruinas, lloramos. Lo que se ve, lo que se prevé, todo es motivo de lágrimas; el alma está aplastada bajo ante el futuro, y apenas encuentra en sí misma fuerzas suficientes para sostener el presente. Pero, ¿para qué sirve oscurecer la vuestra con estas ideas sinistras? Pensamientos más tranquilos deben acompañaros por esos mares por donde nuestro corazón os seguirá, y donde cada día

se encontrará con el vuestro en el que aquel tan bueno y tan incomparablemente amable de nuestro divino Maestro. ¡Oh hombres! Retiraos, dejadme con mi Dios. ¿Por qué me arrebatáis a mi bienamado? No queréis conocerlo, no queréis amarlo; dejádmelo amar, si es posible, por mí y por vosotros; todo lo que no es él, me desagrada; sólo en él encuentro refrigerio y descanso. De nuevo: ¿por qué me arrebatáis a mi amado? ¡Oh Dios mío! ¡Dadme los corazones de todos los hombres, para que os ame por todos los hombres! Pero no es suficiente; quiero amaros con todos los ángeles; quiero amarte contigo mismo, y como tú mismo te amas; pues tú solo puedes Marte como mereces ser amado. (*Carta a su amigo Bruté de Rémur, en 1810, con ocasión de su salida hacia América CG 1, 99*).

Juan María va a cumplir 30 años. Todavía es docente en el colegio de Saint-Maló. Su amigo Bruté de Rémur está por embarcarse hacia América. La Revolución ha marcado los espíritus en Francia. Napoleón extiende la influencia de la Revolución en Europa. En esta carta a su íntimo amigo, Juan María expresa todo su drama interior. No es un drama individual; vive el drama de toda la Iglesia en Europa. Es el drama del ateísmo. Parece no afectar más que a una débil franja de sus contemporáneos. Sin embargo, presiente que la

causa podría estar perdida, al menos para Europa, y que este mal podría extenderse y agravarse.

Juan María se adapta perfectamente a esta situación. Su reacción está dirigida por el amor de Cristo. Primero busca en sí mismo las soluciones al ateísmo. ¿Qué encuentra? A su Bienamado. Toma los acentos del Cántico. A las ideologías, Juan María opone la presencia de la Persona de Jesús. Se dirige directamente a él. se lo enteramente poseído por esta Presencia amorosa.

Cuando dice: "*Oh hombres, retiraos...*", ¿hay que ver en ello un repliegue de despecho sobre sí mismo ante el fracaso, o bien un reflejo de temor? ¿Por qué no trata de dialogar con los ateos? Es más bien un reflejo de fe ante la incredulidad de los hombres. Ha comprendido que las discusiones no sirven para nada y que le hace falta encontrar la presencia del Señor. Y es mediante el diálogo íntimo con su Bienamado, en el interior de sí mismo, donde va a encontrar la luz y la fuerza.

Y es en él, -en Dios-, donde encuentra también el dinamismo para la misión. Es a partir de su amor hacia Cristo desde donde se dirige a los hombres de su tiempo. Y este amor por Cristo es, primero, el amor mismo de Cristo hacia él y hacia los hombres. "*Quiero amarte contigo mismo y como te amas a ti mismo*". Se dirige a los hombres con el amor mismo de Cristo. Es ahí donde hay que buscar el origen de su dinamismo y de su celo por la misión.

Entonces la misión puede comenzar. Juan María se alegra de la salida de Bruté, aunque le cueste en el plan afectivo. Si se regocija, no es por el hecho de la salida. Su motivación es espiritual.

Se regocija ante la perspectiva creada por su marcha: un nuevo incendio puede alumbrarse. Será el incendio del amor de Dios, llevado por una chispa... Juan María se queda en Europa, pero no interpreta la marcha de su amigo como un abandono.

Juan María muestra así mucha admiración por la obra de Francisco Javier. Pero sabe que la misión no es la obra de un hombre, ni siquiera la obra de una época: "*!Dios, para quien los siglos son días, no va tan aprisa como nuestros deseos, y así, después de dos siglos y medio, el cristianismo todavía no ha hecho sino echar sus gruesas raíces en aquellas regiones donde san Francisco Javier alumbró primero parecido al que precede a la roturación de terrenos aún salvajes...*" (S 1, 118). Quien quiere apresurar la venida del reino de Dios está a menudo impaciente. Le falta Quiere ver inmediatamente el fruto de su acción. Juan María sobreabunda en ideas sobre la obra misionera. que ha de realizarse, pero sabe que debe caminar al ritmo de Dios.

Una expresión del dinamismo misionero de Juan María se encuentra en el "Torrente de Ideas vagas", escrito en 1807. Esa una oleada de ideas, en efecto, un programa redactado a la corrida, casi con un escritura automática. Este escrito permite señalar las preocupaciones que anidan en el ánimo de Juan María: vuelta de todas las religiones a la unidad; conocimiento profundo de la Escritura Santa; conocimiento de las lenguas bíblicas; práctica y conocimiento de las misiones; teología exacta; mantenimiento de la autoridad de la Santa Sede; conservación y extensión de las órdenes

religiosas; seminarios; *"superación de ciertas concepciones pasajeras de los políticos que sólo sueñan con el engrandecimiento y el desarrollo de un imperio particular y en relación con los solos intereses tan limitados de este mundo, comercio, riqueza, política, industria, comodidades, etc, sin preocuparse de llevar a los hombres hacia su patria"*; formación de un cuerpo enseñante sabio en teología, historia del cristianismo, estudio de la geografía... Ahí tenemos las preocupaciones de Juan María, las que le acompañarán a lo largo de toda su vida. Será su manera personal de concretar la llamada del Señor.

Es, pues, en el contacto personal, en el diálogo íntimo con Jesús, donde Juan María ha encontrado la liberación de las ideologías. Es ahí donde ha encontrado su vocación a la vez personal y eclesial. Tiene ya la intuición de Santa teresita del Niño Jesús y se siente capaz de ejercer la misión de la Iglesia viviendo una vida escondida en Jesús y María, con tal que sea una vida de amor.

Juan María va a ejercer su espíritu misionero en el campo de la educación. Joven sacerdote, enseña en el colegio de Saint-Maló. Puesto a la cabeza de la diócesis de Saint-Brieuc, se preocupa de la educación de los jóvenes. Su preocupación contra una negligencia en ese dominio es también una manera de mostrar cómo la educación de la juventud es una garantía para el futuro de la Iglesia: *"¿Quieren que sus hijos sean educados sin fe, sin principios? ¿Quieren que, desde la cuna le cuenten fábulas y mentiras? ¿Quieren vivir ustedes mismos sin instrucción religiosa, sin sacramentos, sin Dios? ¿Quieren ver de nuevo desaparecer*

entre ustedes las ceremonias? ¿Quieren ver las iglesias desiertas, los tabernáculos vacíos y la religión, a falta de ministros, desaparecer sin vuelta en este país? (S 1, 541).

Es, pues, en un contesto post-revolucionario que Juan María emprenda su obra misionera educativa, en pura fe, sin ninguna garantía como esta empresa terminará por alcanzar sus objetivos. Pero, como escribe a Bruté de Rémur el 18 de julio de 1807: "*Dios mío, quizás nuestros crímenes obligarán a tu justicia a permitir que los malos triunfen y nos impidan hacer el bien esta tarde; pero, oh Dios mío, tu misericordia nos deja aún la libertad de hacer el bien esta mañana. ¡Sí!, Dios mío, haremos el bien esta mañana, bendiciendo tu misericordia*" (CG 1, 28).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
Déjame hacer el bien esta mañana, aunque no esté seguro
de poder hacerlo resta tarde.
Ayúdame a considerar toda mi actividad como
una misión, en tu Hijo.
Que tu espíritu me haga paciente y emprendedor.
Concédeme el ser solidario de la misión de tu
Iglesia,
especialmente junto a los jóvenes.

UNA EDUCACIÓN QUE
EVANGELIZA

Cuando hablamos de educación, estamos lejos de pensar como aquellos que creen haberlo hecho todo para el niño cuando le han iniciado al cálculo, a las artes, a las lenguas, a las ciencias naturales y cuando le han dado los medios para satisfacer las necesidades corporales. Como si bastara iluminar el espíritu, proveer a las necesidades físicas del hombre y que no hubiera que formar su corazón en las hábitos de virtud, y enseñarle de dónde viene, hacia dónde debe tender y cómo puede llegar allá. ¿Quién no ve, en efecto, que en medio de los conocimientos más extensos y variados, el corazón puede conservar todas sus debilidades? No es suficiente fortificar la inteligencia, si no se fortifica la voluntad, si no se precave a la juventud contra los asaltos de las pasiones.

En cuanto a nosotros, no excluimos nada :la inteligencia, el corazón, el cuerpo mismo del niño se forman en nuestras escuelas en los hábitos sociales, en la práctica de los deberes. No excluimos nada; pero ponemos cada cosa en su lugar: sabemos que, si se puede dejar de lado la instrucción, no se puede dejar de lado la moral y por consiguiente la enseñanza de los deberes debe ocupar el primer lugar en la educación. Sin embargo, es un error el querer la moral sin religión. El hombre no obra sino porque cree. y según lo que cree La moral humana es seca y 99 fría, puede indicar el camino, pero no da el valor de recorrerlo. Dejemos esta moral humana, para no escuchar más que la moral evangélica, sin la cual no habría ni buena moral ni buena educación. Pero no es suficiente dar al niño algunos vagos conocimientos sobre la religión de la que debe estar penetrado, Hay que hacérsela amar y practicar. Ahora bien, ¿qué interés pondrá para persuadir a los otros, si él mismo no está penetrado de ella? Sólo se habla con convicción de aquello que se cree, con amor de aquello que se ama, con calor de aquello que a uno le gusta. A la edad de los niños, el corazón se abre fácilmente a las impresiones, y uno se porta bien más por autoridad y por sentimiento, que por reflexión y por razonamiento (OER en: S 1, 46 – 47).

Juan María de la Mennais ha querido evangelizar mediante la educación. Desde 1802. el joven clérigo de la Mennais, todavía sub-díacono,

es profesor en la escuela eclesiástica de Saint-Malo y se pone al servicio de los aspirantes al sacerdocio, la mayor parte de los cuales son pobres en recursos materiales. Más tarde, en el puesto de vicario capitular de la diócesis de Saint-Brieuc, da un lugar importante a su acción en la educación de la juventud, hasta el punto de llegar a ser fundador de dos congregaciones educativas" (SHA p.271). Su primer cuidado era el de evangelizar. No concebía sus fundaciones como un remedio a las carencias del estado o como una respuesta a un contexto sociológico. Su intención es evangelizadora desde el comienzo. Tiene el cuidado de implantar la Iglesia en el corazón de la Bretaña. Ha comprendido, como varios de sus compatriotas, que las fundaciones más sólidas de la Iglesia no pueden establecerse más que en el corazón de la juventud.

Juan María piensa que la dimensión religiosa del hombre no es facultativa, y ni siquiera una dimensión más entre otras: debe marcar todo su desarrollo, toda su vida. En un folleto intitulado '*Sobre la educación religiosa*', aparecido en 1833, toma posición contra la filosofía subyacente a la 'escuela mutua', preconizada en su tiempo: "*se considera al hombre solamente como un ser físico y no como un ser inteligente, inmortal, que debe, al pasar por la tierra, prepararse a entraren la eterna sociedad de Dios mismo del que es la imagen*" (SHA p. 275). La vida del hombre no se comprende verdaderamente sino como una vida que se recibe de Dios y que no tiene sentido más que en la entrega de sí mismo a Dios.

La educación, la dada por los padres, prolongada en la escuela, tiene tres dimensiones. Se las puede confrontar con las tres dimensiones del hombre de las que habla San Pablo en la 1ª Carta a los Tesalonicenses: "*el espíritu, el alma y el cuerpo*". Por 'cuerpo' hay que entender no solamente el cuerpo mismo, sino también a todo a lo que los conocimientos intelectuales están destinados, toda la cultura impartida por la escuela. Al 'alma' corresponde lo que se dice del corazón y de la voluntad. El 'espíritu', es la dimensión espiritual del hombre. Es, pues, una educación integral la que está anunciada aquí.

La dimensión espiritual está privilegiada, aunque sea la menos evidente y si está siempre mencionada en último lugar.. Esta dimensión no está separada de las otras: tiene implicaciones morales y repercusiones en la vida social.

Juan María subraya el hecho de que la moral no podría separarse de la religión. No una religión teórica, no una especie de cultura religiosa que se queda en un nivel intelectual, sino una religión que toca el corazón. Es un corazón tocado por el evangelio que vivirá la moral como un "yugo fácil" y una "carga ligera". La verdadera moral implica una relación íntima con Cristo. La ley no desaparece (ni siquiera "el más pequeño ápice de la ley") sino que se hace signo de una alianza, alcanza una profundidad de amor. El niño comprende eso espontáneamente, pues se conduce esencialmente "*por la autoridad y el sentimiento*". Si el poder no alcanza más que a un comportamiento exterior, la autoridad llega al

corazón de la persona. La moral se hace dinámica cuando está inspirada por el amor.

La educación no logra su objetivo mientras el niño o el joven no haya interiorizado las exigencias del amor divino. Se deploran a menudo esos cambios bruscos de comportamiento según sea quien está en casa o en la escuela, en familia o en la calle... No se ha llegado todavía a esa unidad de vida que no puede ser lograda más que por una voluntad inspirada por el amor divino. La realización de este objetivo tiene algo de milagro y sin embargo el educador debe tender hacia ello, tanto mediante una corrección de los deberes, como en una explicación de textos o en la solución de una ecuación. Es un trabajo que siempre hay que volver a empezar, y del que el educador no verá nunca, sin duda, el fin: los alumnos son siempre nuevos y un año se pasa pronto.

La educación pasa, ante todo, por la mirada que se echa sobre el niño y el joven. Se trata de un hecho: ver en él un hijo de Dios que se está haciendo y que debe inspirar todos nuestros pasos. Entonces, compartiremos los sentimientos de Cristo Jesús para con ellos, y que son, también los sentimientos del Padre: humildad, paciencia, mansedumbre, perdón de las ofensas, respeto, tenacidad. Juan María rechazó siempre entre sus Hermanos el autoritarismo, el deseo de brillar por el saber, y evidentemente, la brutalidad. La pedagogía no es solamente cuestión de estrategia y de táctica: Para ser realmente educadora, debe sacar su dinamismo de la espiritualidad, de la vida interior del educador.

Para ello se necesario que el educador esté penetrado interiormente, él mismo, por esta relación con Cristo. Ella debe ser su alimento, como el de Cristo es hacer la voluntad de su Padre. Entonces, sin darse cuenta, -pues eso seguirá siendo un misterio para él-, desprenderá un poder de convicción, un dinamismo de amor, una irradiación calurosa, que se comunicará al niño y al joven. La tarea de educación forma al educador mismo y exige de él, al fin de cuentas, la santidad: *"¡Cuánta santidad exige de vosotros! ¡Cuánta fuerza de fe, cuánta aplicación en la oración, cuánta unión con Dios, cuánta pureza de intención, cuánta perfección en la obediencia, cuánto ardor en el celo!"* (S 2, 525). Queriendo hacer santos, el educador se santifica a sí mismo.

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,

Concédeme el deseo de continuar la obra de tu Hijo; Maestro y Señor.

Hazme ver tu presencia en aquellos junto a los cuales me envías.

A ejemplo de María, haz que yo me preocupe del cuerpo, del alma y del espíritu de los niños y de los jóvenes.

Ayúdame a comunicar a los jóvenes el amor de tu Reino, a fin de que puedan poner tu vida en el corazón del mundo.

décimo cuarto día

LA CONFIANZA EN EL CORAZÓN DE LA PRUEBA

"Bienaventurados, bienaventurados los que lloran". Estas palabras tienen un encanto secreto, una unción penetrante que corre hasta el fondo del corazón, y lo llena de esperanza y de alegría. Sólo han podido salir de la boca de un Dios. No es el hombre quien ha dicho: bienaventurados los que lloran. Si interrogo a los sabios de la tierra y les pregunto lo que debo hacer para ser feliz, unos me invitan a buscar los bienes presentes, a saborear la flor de la estación, a cubrirme de perfumes y a coronarme de rosas antes que se marchiten; otros me aseguran que el camino de los honores y de las riquezas es el solo que conduce a la dicha; otros, en fin, me aconsejan tomar la indiferencia como compañera si quiero atravesar sin inquietudes y sin dudas el mundo y sus ilusiones; pero no

hay uno, no hay uno solo que me diga: ¡bienaventurados los que lloran! Sólo a ti te corresponde; Señor, el hablar así y hacernos encontrar la alegría el seno mismo del dolor: sólo tú puedes enseñarnos a ver en las privaciones más penosas, en las penas más vivas la prenda preciosa de nuestra felicidad futura" (S 2, 410).

Juan María tiene 54 años. Algunas doctrinas de su hermano acaban de ser condenadas por la Iglesia. Ésta sólo condena las doctrinas. Pero la opinión pública no llega siempre a hacer la distinción. Su juicio está condicionado por opiniones a veces demasiado estrechas o por objetivos demasiado limitados. De ello resultan sospechas, exigencias exageradas de sumisión pública que semejan persecuciones. Juan María es víctima de una campaña fe prensa. Si sólo é estuviera comprometido, no trataría de defenderse de las calumnias, antes bien se alegraría de ellas. Pero tiene la responsabilidad de dos congregaciones que podrían sufrir un injusto descrédito. Y sufre tanto más cuanto que es acusado por lo que para él es lo más importante: su fidelidad a la Iglesia y el amor a su hermano.

Como se ve en su carta a la Srta. de Lucinière, Juan María sabe conciliar sufrimiento y alegría:

"Cuando usted me escribía el 15 de septiembre, sin duda que no podía esperar que a que fuera acusado públicamente, como lo ha hecho el Amigo de la Religión, por no

tener hacia las decisiones de Roma más que una sumisión hipócrita...

Hay espinas que taladran mi alma por todos los lados; ya no es más que una llaga sangrienta y en carne viva. ¡Bendito sea Dios! Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca...como yo, también usted habrá cantado el cántico de resignación, de amor y de alabanzas, en medio de las nuevas tribulaciones que acaba de experimentar. ¡Qué hermosa ocasión para nosotros, para enriquecernos, y de juntar esos tesoros que el orín no roe, y que los ladrones no pueden robar! ¡Sí! Si en su gran misericordia, el Señor se dignara conceder a nuestros sufrimientos lo que ha rehusado hasta ahora a nuestras oraciones... le diría de todo corazón con Sta. Teresa, todavía más, Dios mío, todavía más!,,," (CG 3, 139).

En el surco de Cristo, las dos realidades no son contradictorias: se puede sufrir y bendecir a Dios. Juan María es consciente de la dificultad de llegar a compartir esta convicción cristiana: "*¡Oh Dios mío, mis esfuerzos son inútiles, mis palabras serán vanas si la voz de la sangre de tu Hijo no se hace oír ella misma.! ¡Que hable, pues, en el fondo de los corazones! ¡Que llene de esperanza y de alegría, el alma de todos los fieles que me escuchan!*" (S 2, 408). Es la voz de Cristo crucificado, en el corazón de cada uno, la sola que puede dar un sentido al sufrimiento. Quien es capaz de conciliar sufrimiento y alegría muestra, por ello, que ha sido alcanzado por el Espíritu de Dios.

Juan María evoca varias figuras que ilustran esta bienaventuranza. *"En mis tribulaciones, escribe San Pablo, sobreabundo de alegría"* (S 2, 412). Esta alegría no nace del confort o del placer, sino de las tribulaciones sufridas por el Nombre de Cristo, en comunión con él. La alegría nace, pues, del amor y atrae el amor. La alegría de Dios está enteramente orientada hacia el otro, toda esperanza en el otro: esperanza de verlo entrar en este movimiento de comunión trinitaria donde todo el conjunto de la humanidad está llamado a entrar. Alegría y sufrimiento, vividos en Cristo, pueden ir juntos.

"Escucho, dice San Ignacio, escucho en el fondo de mi corazón, una voz que me repite sin cesar: Ignacio, ¿qué haces acá, en este mundo? - ¡S! ¡Cuánto tardo, dice Ignacio, en hacerme el trigo de Jesucristo y de ser triturado por los dientes de estos hambrientos leones!" ¡Qué fuerza tan extraordinaria la de estos conceptos que nos reenvían al deseo de Cristo de ser bautizado con el bautismo de la cruz! *"Sufrir o morir, era el deseo más ardiente del corazón de santa Teresa"*. *"Jesucristo pide a San Juan de la Cruz que recompensa quiere obtener por sus inmensos trabajos: ¡Señor, responde, haz que yo sufra!"* No veamos en ello pensamientos neuróticos. Veamos más bien el efecto de una comunión profunda con Cristo, de una participación en la sed de Cristo sobre la Cruz: sed de ver a los hombres encontrar el camino de la amistad con Dios, el paraíso. El cristiano participa necesariamente de este sufrimiento. Está comprometido en un sufrimiento

de dimensiones cósmicas, que afecta incluso a toda la creación entera.

"San Francisco Javier ve en espíritu las persecuciones que le esperan en la carrera que va a recorrer, y grita: ¡Todavía más, Dios mío, todavía más!" (S 2, 412). Lenguaje difícil a entenderse... si no se comprende que no se trata de un sufrimiento abstracto, sino del sufrimiento mismo de Jesús, expuesto a ser rechazado: vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Cuanto más sufre un cristiano por su fe, más se asemeja a Jesucristo. Lo divino no puede existir en el mundo más que como crucificado, porque el Amos no es amado. La cruz es la señal de lo divino auténtico. Participar en los sufrimientos de Cristo, no es ni más ni menos que participar en su divinidad.

Por eso, Juan María puede decir a unos niños: *"Lejos de mí el pensamiento de pretender condenaros a una vida sombría y triste"* (S 1, 352). La vida cristiana, en comunión con Dios – Trinidad, no tiene nada de triste: ayuda a comulgar con todo el universo. En efecto, todo adquiere una dimensión divina, en la resurrección de Cristo, manifestación del misterio escondido desde siglos... La presencia interior de Dios nos acerca a aquellos que nos rodean, nos ayuda a comulgar con todos los seres. ¡Cierto!, esta comunión no está todavía enteramente realizada, lo constatamos. Pero, el hecho de comulgar con Dios en Cristo suscita la esperanza: la creación aspira a la revelación de los hijos de Dios. El que permanece en comunión con Cristo no está necesariamente distraído cuando contempla un paisaje, cuando se interesa por la conquista del espacio, cuando

trabaja con los números imaginarios. Puede dar a todo eso un sentido, una presencia. Puede hacer de ello la expresión de su amor.

"La alegría es uno de los frutos del Espíritu Santo y las conciencias puras la saborean con delicia y más plenamente que nadie. Vean, por ejemplo, a san Francisco de Sales; era encantador en sus relaciones; no puede uno imaginarse una compañía más dulce y más agradable que la suya" (S 1,352). Se puede pensar que él mismo encarnaba ese modelo. Se le ve cómo bromeaba en sus cartas, sobre todo con sus amigos. No es sólo cuestión de temperamentos. La paz, 109 el descanso, la certeza que da el contacto íntimo con la verdad, son factores de alegría.

Juan María ha vivido aquella palabra de San Pablo: "No he querido saber nada de vosotros, sin o a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado" (1 Co 2, 2). Ha puesto en la Cruz toda su esperanza. Así es explica el dinamismo de su vida al servicio de la Iglesia.

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
cuando la prueba mía o de mis hermanos llama a
mi puerta, recuérdame Gethsemaní.
Que mi sufrimiento sea habitado por el Espíritu de
amor.
Los santos han sabido transformar el sufrimiento
en alegría: revélame su secreto.
Ayúdame a extender la alegría a mi alrededor, en
el centro de nuestra prueba común.

UN AMOR APASIONADO POR LA IGLESIA

Debemos amar la Iglesia como amamos a Jesucristo. Es su esposa y no forma con ella más que un solo cuerpo y una misma carne. Tenemos que amarla con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad y con todas nuestras fuerzas... Ojalá que todas nuestras acciones estén orientadas hacia su gloria. Este debe ser nuestro objetivo y que nada en el mundo pueda desviarnos de él. Imitemos a Jesucristo, e cual, habiendo amado a su Iglesia, se entregó por ella, nos dice san Pablo. No pensemos más que en ella. No veamos más que a ella sobre la tierra. Que todo lo demás desaparezca de nuestros ojos, en nuestras conversaciones, en nuestros sermones, en nuestros estudios. No nos proponamos otra cosa sino la de glorificarla en lo que dependa de nosotros... (S 2, 646).

¿Debemos amar la iglesia? ¿A qué título?
¿Por qué merece nuestro amor?

Juan María responde a estas preguntas situándonos en el misterio de Cristo. "El amor a Cristo no se separa del amor a la Iglesia en el corazón de Juan María de la Mennais. Su celo apostólico es su expresión y todos su esfuerzo de iniciador de de obras, de fundador de congregaciones religiosas, prolonga, más allá de sí mismo su compromiso personal al servicio del Reino de Dios. Se puede afirmar que el amor apasionado hacia la Iglesia es el tema inspirador de toda su actividad. Ese sentimiento...desborda de su corazón en sus pláticas: "*¿Cómo amo a la Iglesia! ¡Sí!, nuestra madre Iglesia, qué hermosa es! Por ella quiero vivir, combatir y morir*" (SHA p. 299).

Habitado por Jesucristo, el Padre de la Mennais lo está también por la Iglesia. Cristo, en efecto, no forma con ella más que "*un mismo cuerpo y unimisma carne*". La Iglesia es la asamblea de los de los discípulos de Jesucristo, que comulgan con su Palabra y con su Cuerpo. El cristiano no está perdido en medio de una muchedumbre de discípulos, ya que, en cierta manera, la encierra. En un cierto modo conoce a cada uno de sus miembros wen Jesucristo, aunque se encuentre aislado en el espacio o en el tiempo. Es, incluso, una expresiób única de esta multiitud de discípulos

Un cristiano no puede considerar la Iglesia como algo exterior a sí mismo, ya que ella es su propia carne. De ahí proviene su solidaridad fundamental con ella. En la respuesta a Bruté de Rémur, que le anuncia su salida hacia las misiones

de América. Juan María escribe: "*No temo por ella (la Iglesia de Francia) la persecución de la espada sino la persecución de la indiferencia por parte de sus propios hijos y de algunos de sus mimos ministros*" (CG 1, 327). Aceptar el ser cristiano, es querer que la Iglesia viva que se manifieste a cada hombre y se haga carne de su carne. El cristiano no puede cuestionar la fidelidad de la Iglesia a Cristo sin cuestionarse a sí mismo, pues está llamado a ser enteramente de la Iglesia.

He aquí por qué el corazón, la voluntad, las fuerzas de Juan María de la Mennais están impregnadas de esta realidad eclesial. Su vida se confunde con la de la Iglesia en el tiempo y el espacio en los que ha vivido. Defiende su derecho, cuando viene a ser confrontado con las usurpaciones del poder civil, por ejemplo a propósito del nombramiento de los obispos. Defiende su influencia mediante el cuidado en la formación de los sacerdotes en los seminarios. Defiende su universalidad afirmando la autoridad del papa. Trabaja en su expansión y participa, mediante la fundación de escuelas, en su acción en pro de la emancipación de los esclavos. Colabora con empresas semejantes a las suyas. : "Juan María de la Mennais ofrece su sostén, por medio de sus consejos y también mediante compromisos directos, a varios fundadores de congregaciones que se lo solicitan. Ello supone contactos con más de treinta y cinco diócesis francesas y una docena de otras intervenciones en ocho países extranjeros de Europa o de América" (SHA p. 315).

Amar a la Iglesia, para el cristiano, es amarse a sí mismo, es amarse como cuerpo de Cristo,

como parte integrante de la comunión de los hombres con Cristo. Tener confianza en la Iglesia es tener confianza en sí mismo, no tanto como individuo aislado, sino como miembros de la comunión. El amor a la Iglesia representa, pues, una expansión para el cristiano: identifica su destino con el de la Iglesia. El combate que lleva adelante por ella es ante todo un combate que tiene lugar en sí mismo. Si de algo tiene que quejarse, es de no ser enteramente Iglesia, porque no es enteramente de Cristo.

"No pensemos más que en ella, no veamos en la tierra sino a ella; que todo lo demás desaparezca de nuestros ojos" (S 645). El cristiano que está verdaderamente habitado por la Iglesia, que es una piedra viva de ella, no pierde el tiempo, y todavía menos en criticarla, pues no es un reino dividido contra sí mismo.. Al contrario, hace suya su causa, comulga con ella muy profundamente. De esa forma la Iglesia se convierte para él en un principio dinámico en cada uno de sus miembros. Por eso, en cada uno que la recibe verdaderamente, produce el entusiasmo del corazón, la energía de la voluntad, el despliegue de todas las fuerzas. Desarrollar una actitud de Iglesia es, pues, seguir un impulso que parte de lo más profundo de sí mismo. Un impulso solidario de todos los que viven ese mismo impulso, un impulso universal, y sin embargo, único: un impulso "católico". El amor hacia la Iglesia no es el amor de una realidad exterior, sino la entrada en un dinamismo interior., inspirada por el Espíritu, que se identifica con Cristo y empuja a cumplir la voluntad del Padre.

El sentido de Iglesia exige de cada uno de sus miembros un espíritu comunitario. La Iglesia es una expresión de la Trinidad. "Cuando afirmamos y respetamos las diferencias y la pluralidad entre los hombres, confesamos de una manera práctica la distinción trinitaria de las Personas. Cuando eliminamos las distancias y trabajamos por la igualdad real entre hombre y mujer, afortunado y desafortunado, cercano y lejano, afirmamos por medio de nuestras obras la igualdad de las personas de la Trinidad. Cuando nos esforzamos para no tener "más que uno solo corazón y una sola alma" y sabemos poner todo en común para que nadie esté en la necesidad, confesamos al único Dios y acogemos en nuestro interior su vida trinitaria" (SM p. 22)

Quien entra en esta dinámica chocará, evidentemente, con todos los obstáculos, interiores y exteriores, que retrasan la llegada del Reino. No es nunca la Iglesia en cuanto tal la que es un obstáculo; lo es, muy a menudo el yo, individual o colectivo. El es el que resiste y pone obstáculos a la comunión. El medio de luchar contra éste es poner su confianza en la Iglesia. Es necesario un discernimiento, pero sólo puede hacerse en la oración y en la humildad, y siempre con una preocupación de comunión.

El amor a la Iglesia se manifiesta concretamente en el deseo de verla a ésta establecida en cada hombre. Es, pues, un amor misionero, cargado de esperanza. Pretende que cada hombre ya no sienta solo. Quiere revelar a cada ser humano esta comunión de la que debe tomar conciencia, dado que ella ya lo habita.

Quiere participar en la paciencia de Dios, paciencia hecha de espera y de sufrimiento. Participa también en la espera, con toda la creación, de la revelación de los hijos de Dios.

Tener una actitud de Iglesia está , pues, al alcance de todos, si es verdad que Dios concede su gracia a quien confía en él. Cuanto se pone el cristiano en las manos de Dios, más se hace Iglesia y participa de su destino. Puede decir como Juan María: *"He venido...para servir a la Iglesia a costa de mi salud y de mi descanso, a costa de mi vida misma. No tengo otro deseo ni otra voluntad"* (S 2, 646).

Para comulgar con la oración de Juan María

Padre,
con la Iglesia de tu Hijo, tu Reino ya ha comenzado.

Ayúdame a tomar conciencia de ser esta Iglesia, de participar en su aventura.

Que, por medio de su Espíritu, abrace su destino.

Gracias por tu iglesia, sacramento de tu vida trinitaria.

Que sea, cada vez más, ella misma, para que todos los hombres se sientan atraídos por ella.

BIBLIOGRAFÍA

Oeuvres de Jean-Marie de la Mennais

- *Correspondance générale* (CG); 7 tomes, P.U.R., Rennes 2001. Lettres de Jean-Marie de la Mennais, réunies par le F. Philippe Friot.

- *Sermons* (S) de Jean-Marie de la Mennais, réunis par le F.Philippe Friot, 2 tomes, P.U.R., Rennes 2002. Le tome 1 contient aussi le Mémorial (M), des opuscules sur l'Éducation (OER), et des Idées Vagues.

Biographies

- A. Laveille, *Jean-Marie de la Mennais*, Paris, 1903, 2 volumes.

- A. Merlaud: *Jean-Marie de la Mennais. La renaissance d'une chrétienté*, Paris, 1960.

Ouvrages sur spiritualité

- F. Philippe Friot, *La Espiritualidad de un hombre de acción* (SHA), Roma, 1992.

- F. Miguel Ángel Merino, *Spiritualité Mennaisienne* (SM), Roma, 2002, editado en español (original), inglés, francés.

Études

- En la colección 'Estudios Menesianos',
- H. Paul Cueff, "*El Torrente de Ideas Cagas*", 1988 (nº. 2).
 - F. Philippe Friot, *Le Mémorial*, avec introduction et notes, 1995 (nº. 15).
 - Id., *Jean-Marie de la Mennais et la Congrégation des Prêtres de Saint-Méen*, (nº. 16).
 - Id., *Jean-Marie de la Mennais et la Congrégation de Saint-Pierre*, 1998 et 1998 (nº. 20 et 23).

DIRECCIONES

Fratelli dell'Istruzione Criatiana
Casa Generalizia
Via Divina Provvidenza, 44
ROMA

Frères de l'Instruction Chrétienne
Maison Mère
B.P. 35
56801 PLOËRMEL CEDEX

Adresse espagnole

Courriel : secretariat@procura.191.it
Site : www.ficplm.org

TABLA DE MATERIAS

Siglas.	8
Juan María de la Mennais.	10
La Iglesia, hasta el límite de la confianza	15
Una oración en el corazón de la vida	21
En las manos del Padre	28
En la gloria del Hijo siervo	35
El Espíritu de la Reconciliación	42
Transparentes, a ejemplo de María	48
Una fe enraizada en lo humano.	54
Esperando contra toda esperanza	60
Un inmenso deseo de comunión y de unidad.....	67
'Dios Sólo', principio de una vida.....	74
Hacerse disponibles a la Providencia.....	80
La compasión en la dimensión del mundo.....	86
Una misión de amor	91

Una educación que evangeliza..	97
La confianza en el corazón de la prueba	104
Un amor apasionado por la Iglesia.....	111
Bibliografía	117

EN LA MISMA COLECCIÓN